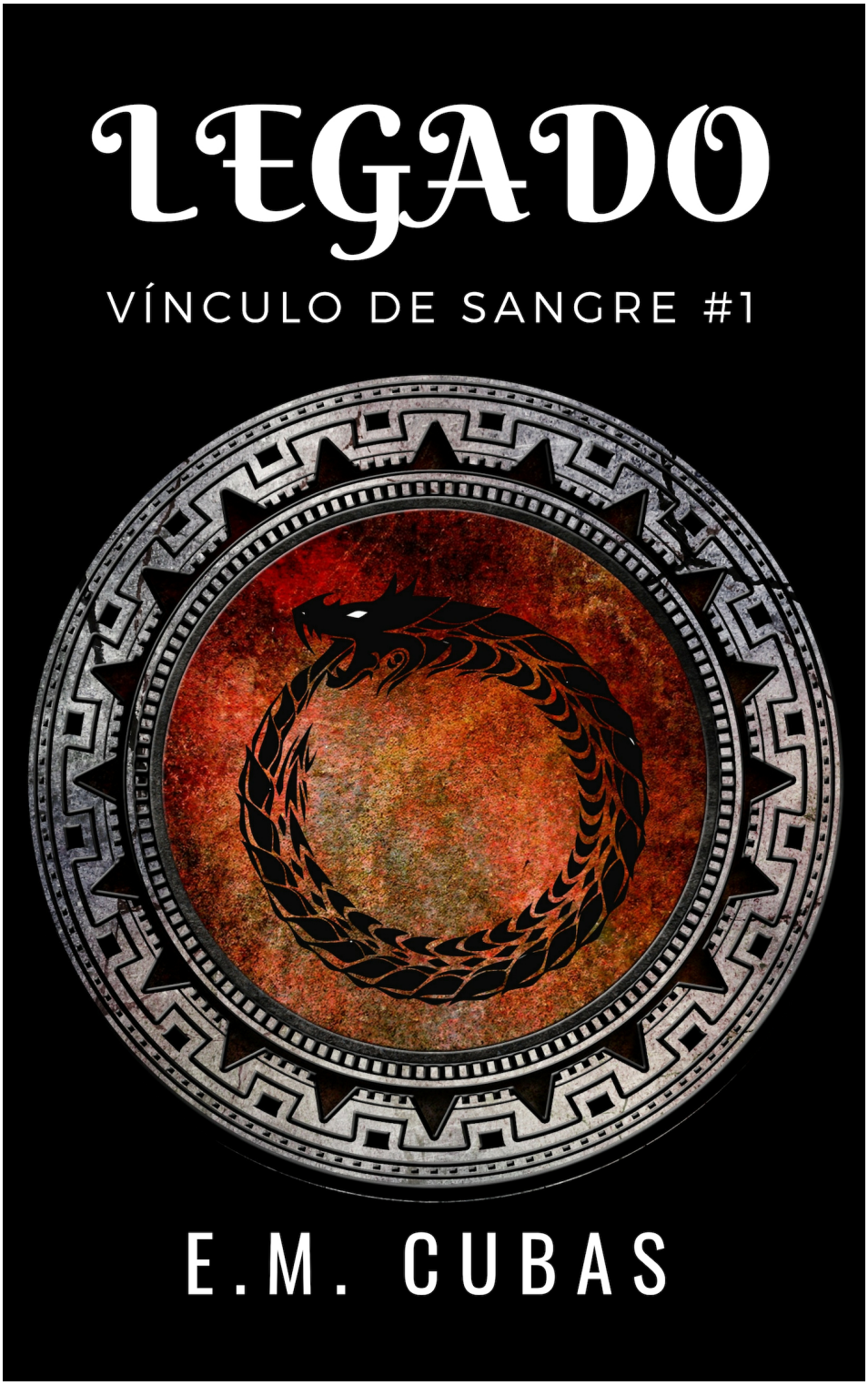
Legado (Vínculo de sangre)

Eva Cubas Navarro



Capítulo 1

LEGADO

VÍNCULO DE SANGRE

E.M.CUBAS

PREÁMBULO.

Alrededores de Targoviste, Valaquia. 1461.

Las lamentaciones y los gritos de dolor se iban disipando, los sonidos de la batalla desapareciendo. La luz de la luna llena iluminaba el sendero sin necesidad de antorchas, pero la espesura del bosque los había ocultado a la perfección, hasta su tierra les era leal y el factor sorpresa funcionó. Cada vez era más normal que los enemigos cruzaran sus territorios con miedo a sus rápidas y mortales incursiones, con miedo a los sonidos que la oscuridad traía consigo. Esa noche la escaramuza había resultado, era fácil interceptar a los exploradores o a las avanzadillas e incluso a un pequeño ejército y, poco más de cincuenta hombres, acabaron con el contingente turco; los otrora aliados yacían cubiertos de su propia sangre, ahogados en su propio miedo, porque esa noche no harían prisioneros, órdenes del voivoda. Por un tiempo evitarían las masivas empalaciones y los incesantes gemidos de los futuros rivales muertos.

El soldado con la armadura del Dragón se aproximó a uno de los enemigos infieles, lo habían arrastrado hasta un lugar escondido entre los árboles, más alejado de la lucha. Lo conocía bien, hacía años había combatido entre sus filas, era uno de los comandantes del ejército jenízaro, aunque no recordaba su nombre, y este también lo reconoció, todos sabían quién era el Dragón, todos conocían su fiereza en la lucha, su leyenda, las historias que corrían sobre él. La mirada cargada de horror que el Dragón vio en los ojos de su víctima se lo confirmó, el hombre herido hubiera deseado que cualquier otro lo rematara.

Velkan, rara vez se quitaba el yelmo en la batalla, de esa forma evitaba que le vieran el rostro, que lo reconocieran, había sido una orden de Vlad: la armadura idéntica los hacía indiferenciables para todos, así lo protegía de su propia naturaleza. Pero últimamente esa naturaleza le pesaba más de la cuenta y no por él, sino por las repercusiones que tenía en Vlad, por la crueldad que era necesario desplegar para desviar la atención y a la que poco a poco se iba acostumbrando. Cada vez se sentía más culpable

cuando subía con Vlad a la almena a presenciar el derramamiento de sangre y las torturas, cuando Vlad lo miraba con resignación y comprensión, cuando ni él mismo era capaz de eximir su pena. Sin embargo, esa noche se sentía distinto, exultante, lleno de vida. Su instinto se activó y nada le importó.

Con todo a su favor, amparado por la espesura, levantó la visera del yelmo para que su presa turca lo contemplara, para que no dudara de a quién tenía enfrente. Despacio, extrajo de la vaina su espada bastarda aún cubierta de sangre, sonrió, se situó sobre el herido con la punta del acero ondulando amenazante sobre su pecho y apoyó el pie calzado con el escarpe sobre su cuello aumentando poco a poco la presión y limitando el oxígeno del jenízaro. Miró a su alrededor, más allá, entre los árboles, observando cómo sus hombres iban sesgando las vidas de los caídos a lo largo del bosque, a su lado solo se mantenía Petrus, su fiel moldavo, alguien que nunca lo delataría. Los ojos negros del Dragón denotaban su estado, su sed y volvió a mirar al herido bajo su pie; el turco lo sabía, sabía que la muerte le llegaría de forma atroz y a manos del diablo. Velkan torció el gesto en una mueca malvada y no dejó que la falta de aire provocara que su presa se desmayase, lo quería despierto. Elevó ligeramente el pie, dándole un respiro, un segundo de alivio, para dejar caer la espada sobre el pecho, clavándola con lentitud y deleitándose con el sonido del metal atravesando la armadura otomana, disfrutando de la sensación que le producía la sangre saliendo a borbotones y el gemido débil del turco. Sin apartar la intensa mirada de él, se inclinó y con un giro del arma, maestro e imposible, le abrió el pecho y con la misma facilidad le arrancó el corazón con sus propias manos. El jenízaro aún estaba vivo cuando, horrorizado, lo vio beber de él, aún tenía consciencia de lo que estaba pasando cuando un crujido hizo que el último aliento de vida desapareciera. El nuevo golpe del pie del Dragón le partió el cuello y todo acabó. Velkan sorbió despacio el espeso y caliente líquido y arrojó el órgano vital seco sobre el cadáver del turco, bajando después la visera de nuevo y regresando junto a sus hombres, dando la orden para que todos terminasen su trabajo y volvieran a la capital como si nada hubiera ocurrido.

La penumbra de la noche y la frondosidad le ayudaron, pero de nuevo bajó la guardia y no se percató de que no eran solo él y Petrus quienes observaban la espeluznante y sangrienta escena, que otros ojos, escondidos y atemorizados, descubrieron su secreto y le vieron beber sangre de un corazón aún palpitante que arrancó con sus manos. El soldado valaco huyó, susurrando plegarias y santiguándose y una sola palabra quedó grabada en su boca y en su alma: dracul…

Capítulo 2

CAPÍTULO 1

En la actualidad…

Nada se oía alrededor. Ni siquiera el sonido del viento entre los árboles ni el de los pájaros o los grillos ni el de los animales nocturnos, era como si el mundo no existiera más allá de su guarida, más allá de su oscuridad. El cuerpo le pesaba, lo sentía ajeno a él y se concentró en su respiración, en la forma en la que sus pulmones se llenaban; empezó a notar el tacto sobre sus dedos, su piel; buscó reconocer los olores que lo envolvían; intentó sentir un atisbo de lo que había cerca, pero lo único que supo con certeza era que la noche lo acompañaba, respiró hondo y abrió los ojos, despacio. Como se temía la oscuridad era total, el recoveco de la pared le impedía moverse y en ese momento tomó consciencia de la situación y un nudo en la garganta amenazó con dejar salir las lágrimas: estaba vivo. Había suplicado, orado a un Dios en el que ni siquiera creía para que todo acabara, para que aquella vez fuera para siempre, para no despertar de nuevo y allí, emparedado, su naturaleza le abría de nuevo el camino al mundo, un mundo que no quería pisar de nuevo. Aun así, sabía que en ese estado su instinto de supervivencia le haría hacer lo que fuera necesario para sobrevivir, la única opción había sido ese suero, ese mágico avance de la medicina que podía mantenerle dormido para siempre o matarle, pero tampoco había funcionado, Viktor y ese médico holandés se habían equivocado.

Poco a poco recuperaba los sentidos, su vista se acostumbró a la penumbra, su olfato captó a algún animal que pasaba cerca buscando su alimento y sus manos palparon la tapa que cubría la caja en la que había descansado, encontrando un pequeño resorte. Sonrió, Viktor se había cubierto las espaldas y había dejado una sencilla forma para poder abrir desde dentro, en el fondo no quería dejarle morir ahí, ahora recordaba sus últimas palabras: «qué pasará si despiertas encerrado, no puedo permitir que pases la eternidad atrapado… ¡Valiente tonto sentimental!» Había vuelto a poner el mundo a su merced. No esperó más y apretando el resorte, abrió la compuerta y se levantó lentamente, recobrando sus capacidades y su movilidad dormida durante años.

Recordaba el sitio en el que estaba, él mismo lo había preparado para su reposo, el lugar que siempre fue su refugio, en el que descansar para la eternidad. En el habitáculo excavado en la tierra solo cabía la caja en la que se encontraba, las paredes habían sido aisladas para que las condiciones no afectaran al paso del tiempo y solo tuvo que estirar los brazos y empujar con fuerza una de las losas de la pared para poder salir

al exterior, así de sencillo.

La cueva, en completa oscuridad, estaba como el último día que la vio, él conocía cada detalle del pequeño lugar y observó que no había sido utilizada en muchos años, la dejadez y la soledad que se palpaban le confirmó que nadie la había descubierto aún, que seguía siendo solo suya. Allí había vivido cuando quería alejarse de las personas, allí había jugado con un Vlad niño antes de que su padre lo entregara a los turcos y allí lo había enterrado en secreto siglos antes dejando otro cadáver ataviado con sus ropas en su lugar, no podía permitir que lo profanaran. Gran parte de su vida había transcurrido en esas tierras y de nuevo volvía a salir de ellas para vivir otra vez. «¿Cuánto tiempo habría pasado desde que lo durmieron? ¿Su familia aún viviría? ¿Viktor o sus descendientes?» Nunca había estado solo, siempre alguno de ellos lo acompañaba, ¿qué pasaría ahora?

Avanzó por la lúgubre cueva hasta el exterior retirando con las manos los restos de vegetación que taponaban la entrada hasta que un cielo plagado de estrellas le devolvió la mirada, pocas nubes ocultaba su brillo, algo extraño en los Cárpatos y un viento helado le azotó el rostro. Caminó por la montaña atravesando el bosque, dejándose alumbrar por la luz de la luna, pisando de nuevo los lugares en los que tantas emboscadas y batallas se habían llevado a cabo; alzó la vista y contempló las ruinas de Poenari que se recortaban en la lejanía, un atisbo de la fortaleza que fue y suspiró. Entonces lo sintió: necesitaba alimentarse, su cuerpo debía recuperar la fuerza, pero dejar un rastro de animales muertos a su paso no le pareció una buena idea, no sin antes saber en qué circunstancias se encontraba, a qué debía enfrentarse, apretó los ojos y controló el hambre mientras seguía avanzando sin rumbo fijo. Intentó hacer memoria sobre qué camino seguir, procurando reconocer la zona en la que estaba, pronto llegaría a algún sitio poblado, a algún pueblo y debía ser capaz de relacionarse; pero aún era demasiado precipitado, no quería hacerlo con esa necesidad. Siguió andando sin aclarar su mente hasta que un cruce de senderos y decisiones apareció frente a él: a la izquierda los inhóspitos Cárpatos lo ocultarían y a su derecha la civilización. Sopesó las dos opciones, al fin y al cabo, era un hombre y la curiosidad por descubrir en qué época estaba pudo con él, siguió el sendero de la derecha y después de unas horas, las primeras luces del amanecer le mostraron un pueblo en su visión. Volvió a detenerse, debía alimentarse, no podía retrasarlo más o habría peligro, un ciervo o unos conejos le servirían…

—Por Dios, ¿está usted bien?

Una voz se oyó a su espalda, un acento que reconoció al instante, de la zona. Cerró los ojos, demasiado pronto para enfrentarse con hombres.

—Me encuentro bien —contestó en su mismo idioma lo más cordial que pudo, pero la voz le salió entrecortada, sin fuerza, una voz de años

dormida.

—Déjeme ayudarle.

—Por favor no se acerque a mí.

El anciano no le hizo caso y se aproximó. Los dos se miraron fijamente a los ojos, tanteándose y, sin ningún miedo, el hombre le tendió su abrigo.

—Póngase esto, no puede ir por ahí medio desnudo. ¿Qué le ha pasado? ¿Se ha escapado de algún sitio? ¿Un robo? —él asintió y se dejó llevar—. Venga conmigo, mi casa no está lejos, podrá dormir, comer algo, asearse y cambiarse esos harapos.

En el momento más inoportuno había aparecido ese pastor junto a él y lo conducía a su hogar, hacia más gente y el hambre empezaba a nublarle los sentidos. Allí nadie lo conocía ni sabía de su existencia, podría huir después y nadie sospecharía de él porque estaba solo… sería tan fácil… Apretó los dientes mientras escuchaba cómo el hombre le relataba sus historias sobre lo normal que era en esos tiempos que te robaran, que mucha gente sufría la crisis económica, que el precio del ganado había caído en picado y pocos se mantenían en su trabajo, pero él solo podía oler la sangre que corría por las venas del anciano e imaginarse su corazón sangrante en sus manos, beber de él… quien lo encontrara pensaría que fue un lobo u otro animal nocturno… y entonces vio al hombre sonreírle y apoyar el brazo sobre su hombro, animándole y recordó a todas las gentes con las que había vivido y su amabilidad, solo él era el monstruo y solo él podía evitarlo. Le devolvió el gesto al pastor y siguió escuchándole en silencio hasta su casa, pero… habría sido tan fácil…

—Hacía tiempo que no pasabas por el pueblo, ¿qué te trae por aquí? —preguntó Félix a Iván.

—Me lo dices como si no te agradase que estuviera aquí contigo.

—Sabes que mientras me invites a una cerveza, eres bienvenido.

—Mira que eres capullo…

Los dos amigos empezaron a reír, a pesar de no vivir excesivamente lejos el uno del otro, llevaban casi un año sin verse y estaban contentos de poder tomar algo juntos y charlar. Félix era maestro en el colegio de toda la vida, en el pueblo que lo había visto nacer, en cambio Iván se marchó hace años a Targoviste y había creado una empresa multidisciplinar con unos laboratorios a su cargo. La taberna en la que bebían era la más

antigua del pueblo, la única que quedaba sin convertirse en una atracción para turistas y la mayoría de las gentes de allí se reunían en sus mesas para tratar cualquier asunto.

—Creí que tenías resuelto lo de las propiedades de tus abuelos —dijo Félix limpiándose la espuma de la boca.

—Nada de eso, hay un problema con los arrendatarios, con las condiciones de los contratos y los pagos —le informó Iván rascándose la cabeza, nunca le habían gustado los asuntos de las tierras.

—Lo que no entiendo es por qué no se las vendes, llevan años encargándose de tus terrenos, ya apenas quedan terratenientes por aquí.

—No me decido a hacerlo, estas tierras siempre han sido importantes para mi familia.

—Bueno, disculpa la sinceridad, pero tu abuelo estaba un poco loco con las posesiones cercanas a Poenari: los Basarab y su vínculo con los Draculesti —afirmó Félix, eran amigos desde niños y sabía que no se iba a enfadar por su comentario.

—Lo sé, aun así, me cuesta desprenderme de ellas y el turismo y la crisis no lo están poniendo fácil.

—Es lo que tiene Drácula y su leyenda, ¡qué voy a contarte yo si era tu antepasado!

Félix rio siempre le gustaba tomarle el pelo con eso.

—Eso no está del todo claro, supuestamente solo compartimos apellido familiar.

Iván frunció el ceño, no le gustaban las bromas de su amigo sobre su linaje.

—Siempre he pensado que, si no fuera por la atracción del pueblo al estilo de la época del voivoda, se habría visto olvidado hace años —afirmó Félix.

—Sí, claro: «aquí dormía Vlad, el empalador, cuando había luna llena o aquí degustó la sangre de miles de sus víctimas mientras cenaba. Todas estas tierras pertenecen a sus vasallos más fieles…» Puedes utilizar eso también —le dijo Iván sarcástico.

—No estaría mal. ¡Eh, Dimitrus! ¿Qué te parece si a partir de ahora tu bar

se convierte en la taberna del vampiro? —preguntó Félix alzando la voz.

Dimitrus, el tabernero rollizo, lo miró desde dentro de la barra y le hizo un gesto amenazante con el puño cerrado sin dejar de limpiar una jarra de cerveza.

—Déjalo, Félix, aquí sigue siendo un héroe local.

—¿No crees en vampiros? Venga ya, Iván, es una creencia popular, aún hay gente que les teme, que los ve vagar de noche. ¡Uhhhhhh!

Félix se rio con ganas e Iván miró a otro lado, a través del cristal de la ventana. Tenía razón y eran tierras de superstición que aún creía en los strigoi, incluso hacía poco que, en Bulgaria los arqueólogos habían descubierto tumbas con cuerpos de hacía siglos enterrados con rituales anti vampíricos, las estacas de hierro en el corazón, las losas de piedra sobre los cuerpos o la decapitación eran muestras de ellos y esos hallazgos todavía provocaban que las gentes de hoy día se santiguaran. Pero Iván no vivía los mitos sobre vampiros del mismo modo, su relación con ellos era totalmente distinta, su abuelo, su padre y antes que ellos sus otros antepasados se habían encargado de ello, de mostrarle otra forma de ver las cosas, hasta que llegó a pensar, como los del pueblo, que estaban locos. Sin embargo, a pesar de todo, tuvo que prometerle a su padre en su lecho de muerte que tendría en cuenta todo lo que él y su abuelo le enseñaron, que guardaría celosamente un montón de trastos antiguos que le legó y que lo transmitiría a sus hijos.

—Lo único que ahora me preocupa es la propiedad —dijo Iván dándole vueltas a la jarra.

—Hazme caso y véndelas, por suerte, no las necesitas para vivir.

—Es mi herencia y me resulta difícil hacerlo, de todas formas, esperaré a que pase esta crisis y entonces lo pensaré.

—Tienes razón, son tiempos complicados —continuó Félix—. Sin ir más lejos, esta mañana mi abuelo recogió a un tipo perdido en el bosque, así, sin preocuparse de quién era ni del peligro, dice que venía de lo alto de la montaña, todo andrajoso, con barba y que parecía no saber dónde estaba, como si se hubiera escapado de algún lugar o fuera uno de esos ermitaños ajenos al mundo, dice que apenas habla y que se mantiene como a distancia de él y de mi abuela, solo les ha dicho su nombre y es de lo más extraño, creo que dijo Beltrán o algo así.

—¿Velkan? —Félix asintió e Iván saltó en la silla.

—¿Lo conoces?

No dio tiempo a más preguntas, Iván se levantó corriendo de la mesa, subió al coche y se dirigió tan rápido como el camino de tierra le permitía hasta la casa de los abuelos de Félix. El trayecto de apenas un kilómetro le pareció eterno y mil pensamientos se agolparon en su mente, pero uno solo era el importante, «¿cómo podía ser verdad?» Detuvo el coche en la puerta de la casa de los pastores y dejó escapar el aliento que llevaba conteniendo desde que salió del bar. Había llegado allí mentalizado para enfrentar lo que fuera, pero en ese momento algo le impedía bajarse del vehículo, ¿sería miedo, miedo a lo que iba a encontrarse ahí dentro? ¿A lo que eso iba a suponer en su vida?

—Iván, muchacho, ¡Cuánto tiempo sin verte por aquí!

La señora Corina, abuela de Félix, barría la puerta cuando lo vio cruzar la valla de madera, despreocupada con la típica falda larga, el delantal y el pañuelo en la cabeza, había gentes por las que no pasaba el tiempo; se acercó a Iván y sin pedirle permiso le plantó uno de esos besos intensos de abuela. En ese instante llegó el coche de su amigo que al parecer lo había seguido, preocupado.

—¿De qué va esto, tío?

—Señora Corina, ¿el hombre del bosque? —le preguntó Iván a la anciana sin hacer caso a Félix que lo miraba arqueando una ceja, sin entender su reacción en el bar.

—Pobrecito, está dentro descansando, debieron secuestrarle o robarle o pegarle, no se acerca a nosotros y no habla, pobrecito, tiene miedo, pobrecito…

Iván avanzó hacia la puerta de la casa y despacio, miró dentro, dejando que sus ojos se acostumbraran al interior.

—¡Iván! ¡Espera! —gritó Félix, pero antes de que entrara tras él su abuela reclamó su atención, evitando que lo siguiera.

La casa tenía cierta claridad, la poca que le daban las ventanas a las construcciones de pueblo características de Rumanía y allí, en un rincón sobre una manta de lana gruesa de oveja, lo vio. Abrazaba sus rodillas y mantenía la mirada en las llamas de la hoguera, no era lo que Iván esperaba encontrar, no era como lo había imaginado.

—¿Velkan? —preguntó Iván.

El hombre alzó la mirada hacia él y los ojos, completamente negros, se

abrieron sorprendidos.

—¿Viktor?

—No, soy su biznieto, me llamo Iván, Iván Basarab, voy a…

Sin que Iván tuviera tiempo para reaccionar, Velkan se lanzó a sus brazos y en ese momento el vínculo afectivo entre los dos se forjó, a partir de entonces Iván era su ventana al mundo, su guía y su protector, siempre había sido así, eran su familia y lo habían jurado.

—Gracias a Dios.

—Vamos, te llevaré a casa.

Iván se fijó en él, en su ropa antigua y estropeada, en su pelo largo y enmarañado, en su barba oscura. Era un hombre de otra época, de otra naturaleza, pero ahora estaba allí. Sin separarse mucho de su lado, salieron juntos de la casa para encontrarse con Félix y su abuela. Iván se dio cuenta de que les debía una explicación.

—¿Y bien? —preguntó Félix, Iván asintió.

—Es mi primo, vino hace unos meses a hacer un estudio sobre las especies botánicas de los Cárpatos, supongo que la cosa se complicó y allí arriba no habría cobertura para avisarnos. Siempre ha sido muy de evadirse con su trabajo y perder la noción del tiempo.

—De verdad que los Basarab estáis algo locos. Vaya susto me has dado, has salido tan rápido que pensé que era más grave —dijo Félix.

—Bueno ya está arreglado. —Iván dio una palmada para quitar hierro al asunto, debía sacarlo de allí cuanto antes—. Nos marchamos, tendrá que comer y asearse y eso mejor en casa propia. Bueno, abuela, gracias por todo.

—Pasa otro día a vernos con más calma, muchacho —le dijo la señora Corina sonriendo y acercándose a darle un beso también a Velkan—. Y tú ten más cuidado, hijo, la montaña es peligrosa.

Velkan asintió, pero Iván notó la tensión de su cuerpo cuando la anciana se acercó.

—Félix, nos vemos en otro momento.

—Llámame cuando quieras, por aquí estaré.

Iván le tendió la mano y se despidieron.

Dejando a su amigo y a la abuela en la puerta de la casa, condujo a Velkan hacia el coche aparcado unos pasos más adelante, sobre la arena del patio. Le abrió la puerta del copiloto, le indicó que entrara y le colocó el cinturón de seguridad ante su mirada de asombro que no mejoró cuando oyó el ruido del motor al arrancar.

—Supongo que esto es diferente a los coches de caballos a los que estarás acostumbrado —le dijo Iván en voz baja desde el asiento del conductor—. No quiero asustarte, pero vas a descubrir muchas cosas increíbles, solo confía en mí e intentaré que las aceptes poco a poco.

—¿Qué año es? —le preguntó Velkan mientras el vehículo iniciaba su avance, sabía que tendría que ir despacio, se dio cuenta de eso en cuanto lo llevaron al pueblo, en cuanto vio los cables, las antenas, las farolas, las propias casas, hasta ese momento siempre había estado presente en los cambios del mundo, pero ahora debía enfrentarse a ellos de golpe.

—2016.

El coche empezó a avanzar por el camino, primero de piedras y tierra y luego de asfalto, pasando por las casas del pueblo a cada lado de la vía y recorriendo los terrenos más llanos cubiertos de cultivos y ganado que daban a la carretera. Cuando tomaron la Transfagarasan, Iván aceleró dejando a lo lejos las zonas montañosas.

—Más de cien años… —Velkan se dio cuenta de que era mucho tiempo el que estuvo dormido, aunque para él no lo suficiente, debía haber sido para siempre, resopló sin apartar la vista del frente—. Tengo hambre…

—Lo sé, está todo previsto. ¿Puedo preguntarte algo? —Iván lo miraba de vez en cuando, lo que la conducción le permitía, había evitado poner música, bajar las ventanillas o cualquier otro gesto que hubiera tensado más el momento—. ¿Debo temerte en estas circunstancias?

—No.

—Entenderás que no comprenda cómo funciona tu hambre, si te soy sincero hasta hace un momento tampoco creía que existieras, y si realmente llevas más de cien años sin comer…

—Nunca he hecho daño a mi familia.

Se produjo un silencio entre ellos, Iván entendía lo del vínculo con su familia, su propio padre se lo explicó, pero eso solo significaba que otras personas sí habían sufrido a sus manos; sin embargo, a los abuelos de Félix no los había tocado y estaba en un momento delicado. No acababa

de comprenderlo, estaba muy tranquilo, como si nada le afectase, como si no hubiera vuelto a la vida hacía unas horas en un nuevo mundo. Era algo que él debería explicarle, aunque en esos momentos lo más urgente era alimentarlo.

De todas formas, estaba más que preparado. A pesar de no haber confiado mucho en las palabras de su padre y de su abuelo, se había cubierto las espaldas durante años y poco a poco, a través de su laboratorio, había conseguido hacerse con una buena reserva de bolsas y viales de sangre que guardaba en una cámara en su casa en Targoviste. Esperaba que sirvieran, era lo único que tenía y no sabía cómo conseguirle sangre fresca, solo de pensarlo se le revolvía el estómago. Pero su abuelo lo había puesto al tanto sobre las circunstancias y la naturaleza de ese hombre antepasado de su familia, de su necesidad de sangre; Iván sonreía al recordar cómo, mientras los demás niños se dormían con cuentos sobre gatos con botas y sapos que se transformaban en príncipes, él escuchaba historias sobre hombres capaces de engañar al inexorable paso del tiempo y capaces de alimentarse de sangre. Y a pesar de parecerle un cuento de viejos para no dormir, Iván tenía su propia teoría sobre Velkan: él creía que quizás su cuerpo sufría una fase de escasez de sangre idéntica a la que podía sufrir alguien que se desangrara y necesitara una transfusión de urgencia, no obstante, todo eran suposiciones; solo esperaba que la sangre almacenada sirviera a sus propósitos, eso le ahorraría muchos quebraderos de cabeza. Iván volvió a mirarlo, la opción de abandonarlo a su suerte ni siquiera se le había pasado por la cabeza, en el fondo aceptaba su herencia, su subconsciente le indicaba cuál era su responsabilidad sin que él se diera cuenta, solo actuó.

Sin embargo, el problema era traerle la sangre, Targoviste quedaba demasiado lejos aún y Velkan debía comer, no sabía lo que era capaz de resistir la sed y mejor no averiguarlo. Descolgó el manos libres y llamó a Sofía, mientras daba tono le explicó a Velkan que oiría una voz, que se comunicaban así, él asintió de nuevo y siguió mirando por la ventana, en silencio, admirado por la velocidad del coche.

—Sí, dime, cariño. —Se oyó la voz de una mujer que salía de la nada, Velkan frunció el ceño, ya habría tiempo para entenderlo todo.

—Sofía, sé que va parecerte extraño, pero necesito que me traigas varios viales y bolsas de sangre de la cámara —le contó Iván lo más rápido que pudo.

—¿Cómo?

—Luego te lo explicaré. Vamos a pasar la noche en Pitesti, no me atrevo a ir más lejos, reservaré dos habitaciones en un hotel de aquí, estaremos en

una hora más o menos. Es necesario que te des prisa.

—¿Vamos? —volvió a preguntar Sofía extrañada por el plural.

—Velkan está conmigo.

Se hizo un silencio, Sofía digería la noticia, Iván casi podía escucharla pensar.

—No puede ser… —dijo ella al fin.

—Te lo explicaré todo cuando llegues, no te entretengas.

No dijo nada más, lo primordial era darse prisa. Al colgar el teléfono encontró a Velkan mirándole.

—Fascinante, habláis a distancia.

—Se llama teléfono —le dijo Iván.

Él volvió a mirar por la ventana, la verdad era que le interesaban mucho todos esos avances, pero debía concentrarse en su sed, ya habría tiempo para descubrir.

—¿Es tu mujer?

—Sí, se llama Sofía.

—¿Lo sabe?

—Sí, siempre lo ha sabido, mi padre la incluyó en el secreto familiar en cuanto nos casamos. ¿Hay algún riesgo? Porque no voy a permitir…

—Es tu esposa y eso la hace mi familia.

—Y nunca haces daño a tu familia…

—Exacto, ¿tienes hijos?

—Todavía no.

—¿Qué edad tienes?

—Treinta y dos.

Velkan lo miró sorprendido, observando sus ojos claros, su pelo de color

pajizo y su rostro curiosamente familiar, le recordaba a Viktor.

—Pareces más joven.

—Los treinta ya no son lo que eran en tu época, ahora la gente puede vivir hasta los ochenta y noventa sin problemas.

—¿Cuál es el plan a seguir?

—Reservaremos habitaciones en un hotel que conozco para pasar lo noche, te lavas y aseas, no puedes ir por ahí con esas pintas y comes lo necesario.

—¿Tú me consigues la sangre?

—Sí.

—No voy a permitir que te ensucies por mí.

—¡No voy a matar a nadie! Tengo otros medios, Sofía la traerá. Y, ¿cómo funciona esto? ¿Cada cuánto necesitas beber?

—Puedo pasar largos periodos de tiempo sin necesitarlo.

—¿Cómo sabes cuándo es necesario?

—Mis instintos me avisan.

—¿Y el resto del tiempo?

—Comida normal, por cierto, me gusta el faisán relleno.

Los dos sonrieron, era la primera vez que Iván le oía bromear y le gustaba que tuviera sentido del humor, eso lo haría más fácil. Parecía un hombre normal, bastante cuerdo, quizás demasiado, al parecer solo fueron sus prejuicios los que le llevaron a temerle o a asustarse en un primer momento y recordó la sensación que tuvo cuando él lo abrazó en la casa de la señora Corina y cuando le dijo que protegía a su familia, porque ahora eran eso: su familia.

En algo más de una hora llegaron a Pitesti. Le había mandado un mensaje a Sofía con la dirección de un hotel de las afueras, mucho más tranquilo, en el que ya había reservado dos habitaciones. Entraron en el garaje del hotel e Iván le indicó a Velkan que esperara en el coche y este obedeció, admirado aún por las luces de la ciudad y el ajetreo de la modernidad, sin comprender mucho lo que veía y con un millón de preguntas. Iván subió a

recoger las llaves de las dos habitaciones y encontró a Sofía en recepción que ya los estaba esperando.

—¿Y bien? —le preguntó ella mirando a su alrededor— ¿Dónde está?

—En el coche, he subido solo a buscar las llaves.

—¿Y bien? —insistió Sofía.

—Parece normal, pero aún no sé qué pensar. —Ella se acercó y le dio un suave beso mostrándole su apoyo—. Vete a una de las habitaciones y ahora te aviso.

Sofía asintió, cogió una de las llaves y subió con la pequeña maleta que traía. Iván la vio marcharse, él llevaba la suya en el maletero ni siquiera le había dado tiempo a establecerse en Arefu, y bajó de nuevo al garaje. Velkan no se había movido del coche, continuaba con la vista al frente, concentrado, solo abandonó el vehículo cuando Iván apareció y le indicó que lo acompañara después de sacar su bolso de viaje. Los dos subieron en el ascensor y Velkan dio un respingo al sentir cómo se movía.

—¿Qué es esto? —preguntó a Iván.

—Un montacargas para personas, se llama ascensor y nos llevará a lo alto del edificio —él asintió, más cosas que añadir a la lista de preguntas. A los pocos segundos se detuvo—, hemos llegado.

Las habitaciones estaban una al lado de la otra, Iván abrió la puerta de una de ellas y entró dejando la maleta en el suelo, frente a la ventana y salió para llamar en la puerta de la otra, avisando a Sofía de que ya estaban allí, regresando después a su habitación. Velkan miraba la estancia con curiosidad, comparándola con lo que él conocía, desde luego no era las mansiones a la que estaba acostumbrado, pero tratándose de un hostal de paso estaba bastante bien, no los recordaba tan limpios y ordenados, incluso olía a flores, aunque la decoración era bastante extraña, no había tapices en las pareces ni bodegones ni paisajes, solo unas cortinas marrones y un cuadro negro sobre un mueble bajo, pero eso sí, la iluminación era tremenda, parecía de día.

—He avisado a Sofía —le informó Iván.

—Supongo que estará sorprendida, supongo que los dos lo estaréis.

Iván bajó la vista, pero justo en ese momento entró Sofía en la habitación, observando detenidamente al hombre que acompañaba a su marido. Su aspecto con ropas de épocas pasadas tocado por el transcurrir del tiempo y la mirada intensa de sus ojos negros no ayudaron a

tranquilizarla y se acercó a Iván despacio para protegerse.

—Sofía, este es Velkan —le dijo Iván atrayéndola hacia él.

—He traído lo que me pediste, ya habrá momento para las presentaciones. —Ella no dejaba de mirarle, estaba asustada, pero por fin se movió—. Lo tengo aquí.

Acercó al mueble la pequeña maleta que traía y sacó una bolsa de sangre de su interior, tendiéndosela a Iván ante la atenta mirada de Velkan que ya notaba el olor del fluido.

—Solo tienes que sorber del tubo —le explicó Iván mientras la abría y se la entregaba, él la cogió.

—¿Sangre en bolsas? —le preguntó extrañado.

—Pruébala, si sirve será más fácil.

Velkan sorbió sin mucho convencimiento, pero al primer trago se dio cuenta del efecto beneficioso que el espeso líquido ejerció sobre su cuerpo, sobre su sed. Se detuvo y volvió a tragar, acabándola a los pocos segundos, pero sin saciarse del todo, llevaba mucho tiempo dormido.

—Servirá, ¿tienes más?

—He traído varias bolsas por si acaso —dijo Sofía y sacó otra.

—Gracias y… es un honor conocerte —le dijo Velkan con una leve sonrisa.

—¿Un honor? ¡Qué caballeroso!

El comentario sirvió para que Sofía se relajara, para que no lo considerara peligroso, para que las circunstancias fueran más aceptables.

Velkan continuó alimentándose y varias bolsas después, ya saciado, se tumbó boca arriba en una de las camas y dejó que la pareja hablara.

—Necesita un buen baño y un buen afeitado —le dijo Sofía.

—Yo me encargo de eso.

—He dejado mis cosas en la otra habitación.

—Sí, es mejor que duermas en ella, yo me quedaré con él esta noche.

—¿Y mañana?

—Volvemos a casa y allí le iré preparando para su nueva vida.

—¿Qué tal es?

—No hemos hablado mucho, pero parece bastante inteligente y capaz de aceptar lo que le rodea con facilidad. Además, si los viales funcionan no deberemos preocuparnos por la sangre ni los instintos.

—Entonces, ¿es seguro?

—Me ha dicho que nunca ha hecho daño a su familia.

—Esto va a ser complicado, aún no me lo creo.

—Imagínate yo, todo lo que siempre creí un delirio de mi abuelo es cierto.

—Lo entiendo, debe haber sido un shock, luego me lo cuentas todo —le dijo Sofía dándole un beso.

—Voy a ayudarle a asearse, ve a la otra habitación y te llamo cuando esté listo.

Y, acompañándola a la puerta, se dispuso a adecentar a Velkan, a prepararlo para enfrentarse al mundo.

El pelo largo y enmarañado al igual que su barba iban a necesitar un tiempo para conseguir estar bien, con la ropa sería más fácil solo debían quitarla. Lo miró de nuevo, iban a estar un rato entretenidos.

—Deberíamos empezar a lavarte. Acompáñame al aseo.

Velkan se levantó de la cama sin rechistar y lo siguió al baño, se encontraba a gusto y sus instintos se habían vuelto a dormir. Iván extrajo sus productos de afeitado y le indicó que se sentara en la taza del inodoro, apoyó una toalla en sus hombros y empezó a recortar su barba para poder utilizar la desechable con facilidad y cuando estuvo con una largura adecuada le cubrió la cara con espuma y lo fue rasurando con calma.

—Si te gusta la barba, puedes dejarla crecer un poco, pero debes arreglarla.

—¿La luz funciona con esas clavijas? —Velkan había observado cómo Iván

encendía la bombilla del baño al entrar.

—Es electricidad, ¿sabes lo qué es? —Velkan asintió—, solo que ahora va conducida a través de unos cables por dentro de la pared, puedes encenderla y apagarla fácilmente, también hace funcionar el ascensor entre otras muchas cosas que te iré mostrando. ¿Entiendes lo del afeitado?

—Interesante… ¡Eh!... Sí, claro, pero ¿no me vas a afeitar tú? —Iván frunció el ceño no sabía si lo decía en broma o no y Velkan sonrió—. Ya sé que no, no te preocupes, eso no ha cambiado tanto, sabré hacerlo.

—En cuanto al pelo, yo no sé arreglarlo bien, deberíamos recogerlo hasta que…

—Déjame a mí, dame algo para cortarlo. —Iván le entregó unas tijeras que Velkan observó con detenimiento. Puso la cabeza hacia abajo y agarrando el cabello lo cortó de un tajo, dejándolo a la altura del cuello por detrás, para luego y delante del espejo cortarse los mechones que daban a la cara y a la frente por encima de los ojos—. ¿Suficiente o nadie lleva el pelo así?

—No. Está bien. Ahora deberías darte una ducha y lavarlo.

—¿Dónde está la tina?

—Aquí, desnúdate.

Iván lo observó mientras lo hacía, desde luego tenía un buen físico, en perfecto estado no parecía que llevara un siglo dormido, las imágenes de los vampiros decrépitos de las películas aparecieron en su mente y se dio cuenta de que todas eran mentira. Se acercó a la ducha y abrió el grifo del agua caliente, cuando consideró que la temperatura era buena le dejó entrar. La reacción de Velkan ante el agua caliente fue de asombro y placer, el suspiro que lanzó al sentir los chorros templados en su cuerpo hizo que Iván riera.

—Esto es magnífico, ¿cómo conseguís que el agua salga caliente?

—Por las tuberías y los calefactores.

—Estaría aquí metido todo el día.

—Toma, este es el jabón para el pelo y este para el cuerpo, solo debes restregarlos —le dijo Iván abriendo lo tubos del champú y el gel.

—Huele a flores, aquí todo huele a flores.

—Es el perfume normal de los hoteles.

—Pero es aroma de mujer.

—Hoy día no, todos los jabones son comunes a ambos sexos, solo cambian las fragancias personales, ya te mostraré algunas para que elijas la que te guste.

—Sin oler a hembra, por favor.

Iván volvió a reír, entendía que le extrañasen los nuevos olores, ya se acostumbraría.

—Te dejo también una toalla para secarte. —Le apoyó una cerca de la ducha y en ese momento sonó el móvil—. ¿Puedo dejarte solo? Me llaman por el teléfono.

Velkan asintió, encantado debajo del chorro de agua caliente y pensó en lo rápido que se enfriaba el agua en las tinas antiguas. Había conseguido relajarse, ya no sentía el miedo de cómo alimentarse gracias a esas bolsas llenas de sangre, después de todo no iba a resultar tan malo vivir de nuevo, esa época le deparaba más sorpresas de las que había imaginado y la frustración por haber despertado fue dejando paso a unas grandes ansias por conocer lo que le deparaba ese mundo.

—¿Diga?

—Tío, ¿dónde estás? He pasado por tu casa y no había nadie.

—Lo siento, Félix, pero nos hemos marchado del pueblo, estamos de camino a Targoviste.

—¿Y los arrendatarios?

—¿Puedes acercarte tú mañana y decirles que quedaremos otro día, que me ha surgido un imprevisto personal? Ya lo arreglaré yo después con el administrador.

—Por supuesto, no te preocupes, pero en cuanto vuelvas me avisas y quedamos, ¿qué tal tu primo?

—Bastante bien ahora que está conmigo.

—Qué raro que se perdiera, ¿no?

—Le van mucho las acampadas y la naturaleza, a veces se mete tanto en su trabajo que no controla su entusiasmo, sobre todo en los sitios que no conoce. Es demasiado confiado y los Cárpatos no dan tregua.

—Bueno me alegro que esté bien, una casualidad que lo encontrara mi abuelo.

—Sí, dales de nuevo las gracias.

—Bueno, te dejo que estaréis liados poniéndoos al día y vuelve pronto al pueblo. Nos vemos.

—Lo haré, adiós.

Iván colgó el teléfono, Félix se había creído la historia de su primo, al fin y al cabo no tenía por qué sospechar nada más y la próxima vez que volviera a Arefu, Velkan ya estaría preparado para conocer a las gentes de allí. Sacó de la maleta algo de su ropa, Velkan era más alto que él, aunque unas camisetas y unos pantalones de chándal valdrían por ahora. Todavía escuchaba el sonido del agua al caer, se sentó sobre la cama y descansó. De repente su vida había dado un vuelco, tanto su padre como su abuelo hubieran deseado ser ellos los que se encontraran con Velkan, pero le había tocado a él, al escéptico, a partir de ese momento debía ocuparse del hombre, servirle de puente y apoyo, aunque si la sangre servía y no la necesitaba tan seguidamente como pensaba, sería fácil convivir; parecía un hombre normal, había permanecido tranquilo ante el cambio de época, asumiendo lo que veía con calma y para su sorpresa le interesaba mucho conocerlo. Al fin y al cabo, fue el juramento de su familia. Esperó hasta que el agua cesó y él salió del baño con el pelo mojado, le ayudó a secarlo y le ofreció la ropa. Allí vestido y aseado no parecía el mismo que había encontrado hacía unas horas.

Sofía regresó a la habitación cuando Iván se lo pidió, había pedido algo para cenar y esperó a que llegara el servicio de habitaciones en la habitación de los hombres. Nada más entrar se quedó con la boca abierta, el hombre alto y atractivo de cabello negro y rizado vestido de sport que tenía delante no podía ser el mismo que había conocido hacía una hora. Él la miró sonriendo y ella se sorprendió observando intensamente unos grandes ojos dorados.

—Tienes los ojos color miel, no negros. Antes me habían parecido negros —dijo ella asombrada.

—Menudo cambio, ¿verdad? —le dijo Iván.

—Lleva tu ropa.

—Vamos a tener que comprarle algo de su talla, ¿te encargas tú cuando lleguemos a casa?

—Sí, no te preocupes.

Unos golpes sonaron en la puerta, Iván abrió y dejó pasar el carrito del servicio de habitaciones con varias bandejas; dándole al camarero una propina, colocó la comida enfrente de la cama y se dispusieron a cenar. Velkan miraba las bandejas mientras Sofía las destapaba y un olorcillo a carne asada llegó hasta su nariz, tenía curiosidad y quería probar la comida de esa época, se levantó de la cama y ocupó su lugar esperando hasta que ella le sirvió, devoró su parte con entusiasmo, incluso la cerveza y el agua tenían un gusto agradable. Iván y Sofía no comieron mucho, apenas podían apartar los ojos del nuevo miembro de la familia, pero Iván quería estar un rato a solas con su mujer y mientras él cenaba, se disculpó y fue a la habitación de Sofía, Velkan podía estar un momento solo.

Entraron en la habitación de al lado y se sentaron en una de las camas. A partir de esa noche, las cosas iban a cambiar, ¿cómo sería ahora su vida? ¿Qué debían temer? Aún no lo conocían lo suficiente para resolver sus dudas. Por el momento lo mejor era volver a su casa e ir enseñándole su nuevo entorno.

—¿Cómo ha ido el viaje? —Sofía quería tantear la situación todo había ocurrido demasiado rápido.

—Extrañamente tranquilo, ha estado observando todo a su alrededor sin apenas preguntas.

—Quizás esté asimilando lo nuevo.

—Por eso, esperaba algún tipo de arranque de ansiedad o miedo, no calma.

—Si es tan antiguo como dices, quizás esté acostumbrado a los cambios.

—Supongo que tienes razón, pero los avances de hoy día son muchos.

—Bueno solo tendrá que aprender y acostumbrarse. ¿Cómo lo encontraste?

—De la forma más casual, estaba tomando algo con Félix, acababa de llegar a Arefu y durante la charla él me habló de un hombre extraño que su abuelo había encontrado en las montañas, cuando me dijo el nombre algo en mi interior se removió, fue como una descarga que me avisó de

que era él.

—¿Entonces estaba casa de los abuelos de Félix? —preguntó Sofía—, ¿así, sin más?

—Sí, al verme se arrojó en mis brazos…Me llamó Viktor.

—¿Viktor?

—Me confundió con mi bisabuelo, supongo que estaba desorientado, sin saber dónde se hallaba.

—¿Qué vamos a hacer?

—Volver a casa —afirmó Iván—, un entorno más tranquilo por un tiempo.

—Debe vivir con nosotros, ¿no?

—Por lo menos hasta que se adapte. —Iván miró a Sofía.

—Podríamos preparar el sótano para él, poner una especie de loft con salón, cama, baño…hay suficiente espacio y ahora no lo utilizamos.

—Es una buena idea, así tendrá intimidad sin estar alejado de nosotros.

—Bueno lo decidiremos al llegar. —Sofía se impacientaba, Velkan llevaba solo un rato—. Vuelve con él, yo voy a dormir ya, mañana será otro día.

—Sí, el primer día de nuestra nueva vida. Gracias por apoyarme en esto.

Iván dio un beso a su mujer y regresó con Velkan, poco a poco se acostumbrarían uno al otro, por alguna razón tenía la seguridad de que así sería, una sensación de tranquilidad que le hacía ser positivo frente al cambio. Sonrió para sí mismo y abrió la puerta de la habitación en la que dormiría con Velkan para encontrarlo peleándose con el mando a distancia y con el teléfono, sin saber qué era lo que tenía entre manos. Al verle entrar abandonó su lucha.

—¿Qué es esto? —le dijo a Iván.

—Es para encender la televisión.

—¿La qué?

Iván tomó el mando y apretándole al botón de encendido aparecieron las imágenes sonoras en la pantalla. Velkan soltó un grito.

—¡El cuadro ese se mueve!

—No es un cuadro, es un aparato nuevo en el que puedes ver imágenes en movimiento. —Iván no sabía cómo explicárselo para que lo entendiera.

—¿Un cinematógrafo en pequeño?

—Más o menos, es la evolución tecnológica de todo aquello. Hoy día los actores hacen miles de películas, de series, de programas sociales, noticias de cualquier parte del mundo, hay de todo, ya lo irás viendo.

Velkan asintió cogiendo el mando de las manos de Iván y cambiando de canal apretando varios botones distintos.

—Qué curioso.

—Y ese otro es el teléfono, igual que el del coche por el que hablé con Sofía, solo tiene otra forma. Con estos números marcas el de la persona a la que quieres llamar y hablas con ella, solo hay que conocer de antemano los números personales de otros.

—Hay muchas cosas.

—La mayoría son avances de lo que ya conocías, pero hay también mucha novedad, ya te irás familiarizando con ellos.

Iván miró las bandejas de comida ya vacías y sonrió, no había dejado nada. Velkan siguió su mirada.

—¿Tenía que dejar algo para ti? Como comiste poco pensé que no querías más.

—No, además si quisiera algo más puedo pedirlo a recepción.

—Lo ocurrido te ha quitado el hambre —dijo Velkan.

—Y veo que a ti no.

—Supongo que llevo más tiempo sin comer que tú. —Ambos rieron—. No quiero ser una molestia.

—Lo sé, pero por ahora es mejor que sigas conmigo, el tiempo dirá, al fin y al cabo soy la única familia que tienes.

—Bueno quizás deberíamos descansar. —Velkan miró las camas—,

¿derecha o izquierda?

—Izquierda —dijo Iván viendo a Velkan dirigirse a su cama y tumbarse, el chándal que llevaba era cómodo y podía dormir con él.

Iván entró en el baño, se dio una ducha, se lavó los dientes y se colocó un pijama, tumbándose después en su cama.

—No me tengas miedo, solo dormiré. —Velkan miró al joven que ahora sería su guía con gesto de agradecimiento y lo vio sonreír.

Iván se dio cuenta de que era absurdo sentirse incómodo, si hubiera querido hacerle daño ya lo habría hecho, se quedó un rato boca arriba y cerró los ojos, pero Velkan enseguida le dio la espalda.

—Casi mato al pastor que me encontró en el monte…

Iván escuchó la voz de Velkan casi en un susurro, parecía una confesión, pensó en que las circunstancias hubieran sido propicias: el largo sueño, la sed, la desorientación…

—¿Por qué no lo hiciste? —le preguntó Iván.

—No lo sé… —Velkan parecía querer defenderse—. Pensé en su familia…

—Ya veo…

Velkan lanzó un fuerte suspiro, aún seguía dándole la espalda.

—Siento que te haya tocado a ti cuidar de mí.

—Nos acostumbraremos.

Velkan cerró los ojos, era la primera vez que estaba con su familiar de golpe, normalmente él lo habría visto nacer, lo habría criado y no sabía cómo enfrentarlo, cómo hacer que estuviera cómodo a su lado, igual Iván tenía razón y el tiempo diría. Además, Sofía también parecía dispuesta a aceptarlo, era una mujer fuerte y se notaba que amaba a Iván y lo apoyaría en todo, aunque iba a ser difícil para todos. Extrañamente los párpados empezaron a cerrársele y el sueño llegó, se durmió oyendo los múltiples sonidos de la noche y de la ciudad, la mayoría desconocidos para él.

La noche pasó tranquila, el futuro se presentaba incierto después de ese inesperado encuentro, pero extrañamente los tres durmieron tranquilos.

Capítulo 3

CAPÍTULO 2

—He estado observando el color de sus ojos y tengo una teoría.

Sofía llevaba tiempo pensando en eso, ella e Iván tomaban un café sentados en el pequeño patio trasero de su casa en una urbanización de las afueras de Targoviste, mientras Velkan, ataviado con una camiseta y un pantalón de chándal, hacía algo de ejercicio delante de ellos.

Llevaban juntos algo menos de un año y todo funcionaba a las mil maravillas. Consiguieron convertir el sótano en una especie de hogar para él, una casa en miniatura que contaba con todas las comodidades de la época en la que se encontraba y que les permitía estar juntos, pero independientes, incluso contaba con salida propia al exterior y al patio. Al principio fue duro para Velkan, debía acostumbrarse a todos los avances y los artilugios extraños como él los llamaba, además de conocer los nuevos acontecimientos históricos ocurridos durante el siglo que había estado dormido y en el que las guerras también habían estado presentes. No obstante, la única dificultad real fue que apenas había abandonado la casa, Iván no consideraba que estuviera preparado todavía y le pedía paciencia, cuando saliera al mundo debía ser con responsabilidad y totalmente concienciado de lo que iba a encontrar en él. Si algo tenía Velkan era tiempo para esperar y así afianzaba el vínculo con la pareja.

—¿Cuál es? —Iván dio un sorbo al café sin apartar la mirada de Velkan que estiraba los músculos tranquilamente.

—Creo que sus pupilas se dilatan cuando siente la sed, por eso parece tener los ojos de color negro como cuando lo encontraste y en cuanto se sacia vuelven a ser de su color miel normal.

Iván arqueó una ceja, pocas veces habían visto a Velkan con sed a parte de ese primer día, tenía la sangre a su disposición y no llegaba a esos extremos, pero sí recordó el momento en que se encontraron, el negror intenso de sus ojos.

—Quizás tengas razón, aunque no creo que eso deba preocuparnos, él se organiza bastante bien.

—Ya está perfectamente adaptado, nadie diría que tiene… —Sofía se quedó pensativa unos segundos—. ¿Cuántos años son?

—Nunca hemos hablado de su vida y no se lo he preguntado directamente, solo sé lo que mi abuelo decía, que era un antiguo antepasado. —Iván volvió a mirar a Velkan—. He pensado que ya es hora de que vea el mundo, que se relacione, de salir por ahí, un restaurante, un bar, un pub, un cine.

—Con lo que le gusta la televisión alucinará con el cine.

—Estas vacaciones las aprovecharé para hacer vida social.

—Vaya. —Sofía miró su reloj—. Luego me cuentas, ya llego tarde.

Ella depositó un ligero beso en la mejilla de su marido y haciendo un gesto de despedida con la mano hacia el jardín se marchó. Iván se levantó y se aproximó a Velkan que contemplaba el paisaje natural de esas tierras, ese mismo lugar en el que había llevado a cabo tantas batallas hacía siglos.

—Solo me falta un campo de empalados… —le dijo a Iván y se rio ante la cara de horror que él puso—, siempre acabas creyéndotelo todo. —Iván agitó la cabeza como eliminando la imagen de muertos en lo alto de estacas que había acudido a su mente. Velkan volvió a mirar el horizonte, pensativo—. Nunca te he preguntado qué sabes de mí, de mi vida.

—Lo que me contaron mi padre y mi abuelo, sobre todo lo relacionado con nuestra familia y tu naturaleza. No sé mucho más, si te soy sincero lo creía desvaríos de anciano.

—Y, aun así, guardaste la sangre.

—Supongo que en el fondo era mi abuelo, algo me impedía ignorarlo del todo. Él siempre vivió cerca de Poenari, esperando.

—Conocí a tu abuelo, pero era un bebé de pocos meses la última vez que lo vi. Te pareces a Viktor, tu bisabuelo.

En ese momento una luz en la mente de Iván se encendió y recordó algo que le habían dicho: que su bisabuelo guardaba una caja como si fuera algo valioso. Él nunca le había prestado mucha atención, los cuentos sobre antiguos legados nunca le atrajeron demasiado.

—Ahora que lo recuerdo, mi abuelo me habló de ciertos diarios y objetos personales que supuestamente dejaste tú. En vacaciones podemos ir a buscarlos al pueblo y soluciono también los problemas con los arrendatarios, llevo retrasándolo meses.

—¿Problemas?

—Alquileres y cosechas, temas de tierras, nada del otro mundo. —Iván también miró su reloj—. Se me hace tarde, me voy a trabajar. Te quedas al cuidado de la casa, es mejor que no salgas aún, bueno… ¡ya sabes!

—No te preocupes, obedeceré… además le voy cogiendo el ritmo al internet ese.

—¿Recuerdas la clave de la cámara por si necesitas sangre?

—Sí, vete ya.

—Nos vemos esta tarde.

La verdad era que se moría por salir de la casa, pero Iván le había prometido empezar a hacerlo en unos días, cuando terminara de trabajar. Recordaba el miedo que le había dado volver de su encierro, las dificultades del último año, ahora en cambio se moría de ganas de disfrutar del mundo y todo gracias a Iván y sus bolsas de sangre; si su instinto despertaba, solo debía dar un par de sorbos y como nuevo, sin riesgos y sin preocupaciones. Por eso, aunque había días que salía a escondidas a pasear y observar a los vecinos y sus rutinarias vidas, se había hecho la promesa de respetar la orden de su nuevo compañero, además ya conocía el funcionamiento de los aparatos que lo rodeaban, era tan sencillo y rápido enterarse de lo acaecido en el mundo, ¡si hubieran tenido esos medios en el siglo XV! En estos tiempos la gente no parecía tan supersticiosa y pocos creían en demonios o strigoi, todo era más científico como decía Iván y eso era bueno para su naturaleza, para su vida. Abandonó sus ejercicios y se relajó con el agua caliente del baño para sentarse después en un sofá frente al televisor, estirando las piernas y disfrutando de unos frutos secos y una cerveza, hasta que su familia volviera. Esa tarde prepararía la cena, nunca lo había intentado, algo suave a base de verduras y fruta, a Sofía no le gustaba comer copioso de noche y la había visto usar la cocina, no parecía complicado, así ayudaría en algo, también se había sentido intrigado por el comentario del Iván sobre los arrendatarios y quería enterarse de qué pasaba realmente. Pero todo a su tiempo.

—¿Era necesario comprar tanta ropa? —preguntó Iván a su mujer mientras conducían hacia su casa.

—Es mejor que tenga de sobra, apenas tiene prendas elegantes y si piensas que vayamos a restaurantes y a pub… unas camisetas y camisas, varios vaqueros y más ropa interior tampoco le harán daño.

—No parece que los vaqueros le gusten mucho, prefiere los chándales.

—Se acostumbrará, es lo más contemporáneo y le quedan de miedo.

—¡Sofía!

—¡Qué pasa! Es la verdad, a pesar de todo, está muy bueno.

—Entonces igual no es buena idea dejarlo suelto, las mujeres ahora no son como las de antes.

—Mejor para él, no le costará ligar. Y ahora que pensáis salir, ya no podrá ir todo el tiempo en chándal.

—Hay otra cosa que debo decirte. —Sofía lo miró intrigada, había puesto ese tono suyo de preocupación—. Las tierras del pueblo, las casas y el dinero con el que mi familia creó la empresa pertenecen a Velkan.

—¿Todo?

—Gran parte.

—¿Entonces?

—Hablaré con él para ver cómo quiere gestionarlo.

Iván aparcó enfrente de la entrada a la casa y se sorprendió al ver luz en la cocina, ambos se miraron y entraron. Enseguida un ligero olor a quemado inundó el ambiente y Sofía, soltando un gritito, corrió a la cocina para ver a Velkan con uno de los delantales de Iván dándole vueltas a unas verduras quemadas en un wok.

—No entiendo cómo se han quemado tan pronto.

—Tienes el fuego a tope, dame eso. ¡Por Dios! ¡Qué desastre de cocina!

—Solo quería hacer la cena.

—¿Tú solo? —le dijo Sofía quitándole la sartén.

—Cuando quieras hacer algo por primera vez, debes hacerlo con uno de nosotros —le dijo Iván.

—Lo tendré en cuenta, pensaba que era más sencillo.

—¿Dónde vas? —Velkan se marchaba de la cocina para dejarle arreglar su torpeza cuando Sofía le gritó—. Ayúdame a limpiar, eso sí lo puedes

hacer, recoge los restos y llévalos a la basura.

Iván sonreía ante la reprimenda de Sofía, ciertamente le había perdido el miedo al vampiro y eso lo tranquilizaba, mientras tanto Velkan fruncía el ceño con cada regañina de la mujer, en el fondo le agradaba que tuviera carácter, le recordaba a Elisabetta, la mujer de Vlad. Sin rechistar la ayudó a adecentar la cocina y pronto estuvieron cenando verduras perfectamente cocinadas en la mesa.

—He conseguido tu documentación oficial. —Iván extrajo de la cartera unos documentos identificativos con la foto de Velkan y se los tendió—. Está el de identidad, el de conducir, el pasaporte y el médico, por si acaso. Ya eres un ciudadano más de Rumanía.

—Siempre he sido ciudadano de Rumanía, ¿con esto ya puedo ir a cualquier parte?

—Primero con nosotros, luego veremos si vas solo —dijo Sofía poco convencida.

—Por supuesto, pero no sé conducir.

—Yo te enseñaré. —Iván lo tenía previsto—. Será lo primero que hagamos. Y Sofía estará encantada de ayudarte con la cocina, ¿verdad?

—Si eso evita que me la queme…

Los tres se rieron, en el fondo era bueno que quisiese participar de la vida familiar, que se involucrara con ellos.

—Velkan, debemos tratar el tema del dinero —le dijo Iván cambiando la conversación.

—¿Qué dinero? —le preguntó él.

—El de la familia, el tuyo.

—Es el mismo.

—No, según los papeles, es tuyo.

—Antes de dormirme le dejé a tu bisabuelo Viktor unos poderes para que dispusiera de todo, ya no es mío. Ese dinero era para que no os faltase nada, no es mío, es de los dos.

—De todas formas, ahora que estás aquí deberíamos arreglarlo.

—Pero hay suficiente, ¿no?

—Bueno, la empresa funciona bien no nos ha tocado mucho la crisis y Sofía también trabaja. Las tierras también ayudan…

—¿Y la cámara del banco?

—¿Qué cámara? —preguntó Iván.

—Dejé una caja de seguridad en el banco de Bucarest con los fondos familiares.

—No sé nada de una caja de seguridad.

—Pues debe haber una, ¿nadie te habló de ella? —insistió Velkan extrañado.

—Nada, es lo primero que oigo, ¿aún existirá?

—Si está el Banco de Bucarest, la cámara también debería —afirmó Velkan.

—¿Entonces? —dijo Iván.

—Tendréis que comprobarlo —dijo Sofía—, deberíais tener una llave o algo, ¿no?

—Hay una arqueta con objetos personales y otros recuerdos en la casa de Arefu, quizás esté allí. —Iván ya le había hablado a Velkan de ella.

—Pues iremos a buscarla y luego al banco. Es extraño que no te hablaran de ella, aunque si Viktor no la tocó es posible que tu abuelo no conociera su existencia. Solo espero que no pasaran necesidad por no usar ese dinero…

—No te preocupes, sé que vivieron bien y mi familia también. ¿Qué hay en la cámara?

—Objetos personales antiguos, algunos bonos y lingotes de oro. Hubo una etapa de mi vida en la que me mudé a Londres y tuvimos que trasladar parte del oro a un banco de allí, pero la aventura no resultó y lo trajimos de regreso a Bucarest.

—¿Oro? —Iván y Sofía no daban crédito a lo que oían, ¡y ellos pidiendo hipotecas!

—Eso he dicho, tenía ducados, además de monedas y objetos de oro de muchas épocas y pensamos que lo mejor era fundirlo y hacer lingotes,

serían más cómodos para intercambiar y manejar. Iremos a ver si todavía existe y podéis disponer de todo como queráis.

—Pero es tuyo —insistió Iván.

—Mira que eres pesado, ya te he dicho que es de la familia.

—Sin embargo…

—Después lo discutimos y veremos qué hacer, primero hay que comprobar que todo sigue en regla y en su sitio.

Iván asintió, en el fondo entendía por qué Velkan hablaba de que eran recursos de la familia, pero no podía evitar sentirse extraño ante tal cantidad de riquezas, era como haber encontrado un tesoro escondido y como si no le perteneciera, como si no fuera con él. No obstante, Velkan tenía razón, ahora estaban juntos en eso, aunque le iba a costar acostumbrarse.

Una semana después se dirigían a Arefu, Velkan conducía. Para sorpresa de Iván había sido capaz de aprender rápidamente y disfrutaba al volante, era el primer viaje largo que hacían y lo aprovechó para concluir lo que dejó a medias cuando apareció él. Consiguió que su administrador quedase con ellos y con parte de los arrendatarios en su casa del pueblo. Sofía había preferido quedarse en la ciudad y acompañarlos a Bucarest cuando regresaran de Arefu, así podrían pasar un tiempo más en el pueblo era la primera toma de contacto de Velkan con la nueva sociedad y mejor empezar a hacer vida pública en un sitio pequeño, un sitio más familiar.

Llegaron alrededor del mediodía y comieron en el bar de Dimitrus, Iván fue presentando a Velkan a sus paisanos y todos le estrechaban la mano con una sonrisa, sabían ya las circunstancias de su aparición, las noticias en los pueblos pequeños corrían como la pólvora. Él los observaba con detenimiento, no era la primera vez que apreciaba la cortesía de las gentes de las regiones valacas; estaba en otra época y con otras personas, pero la misma tierra, su tierra, y la misma cordialidad. Recordó cómo tiempo atrás, Vlad había cedido parte de esos terrenos a sus siervos más fieles para que los disfrutaran, esos mismos vasallos fueron los que les salvaron y los ocultaron en los momentos difíciles; posiblemente eran antepasados de los que ahora lo saludaban. Pero parte del pueblo se había transformado para atraer turismo: sus comidas, sus bailes tradicionales, todo enfocado a la figura del empalador y a los turistas, Velkan no entendía bien el sentido real de todo aquello.

Pronto algunos de ellos se sentaron a la mesa con los visitantes y se interesaron por su vida. Él habló con suma educación, estaba cómodo entre ellos y eso era bueno, e incluso bromeó sobre su mala orientación y todos disfrutaron de su compañía, bromeando y dándole toquecitos en la espalda de forma amigable, ya era uno más, siempre habían respetado a los Basarab eran de las pocas familias algo más distinguidas que quedaban en su comarca y aunque los consideraban algo excéntricos, los estimaban como vecinos y propietarios. Velkan premiando su hospitalidad los invitó a una ronda de cerveza negra que todos celebraron. Aproximadamente a la media hora de estar allí, Félix llegó y le dio un fuerte abrazo a su amigo.

—Ya era hora de que te dejaras caer por aquí. —Iván le devolvió el gesto.

—He tenido mucho lío últimamente.

—Esta noche cenáis en mi casa, no quiero excusas —le ordenó Félix.

—Por supuesto, no hay problema.

Félix se sentó a su lado y al de Velkan y tomó una jarra de cerveza. La cena con él era una buena idea, Iván había mandado traer comida y adecentar la casa del pueblo, pero era el primer día y aún no estaba todo listo, sin embargo, sí habían guardado en el interior de la cámara que había en el sótano algunas bolsas de sangre por si eran necesarias.

—¿Qué queréis cenar? —preguntó Félix.

—¿Cocinas tú? —le dijo Iván con expresión sarcástica.

—Sí, ¿quién quieres que cocine?

—¿No tenías novia?

—Lo dejamos hace seis meses.

—Cuánto lo siento.

—No funcionó, venga, ¿qué hago?

—Algo que se pueda comer.

—No fastidies, Iván.

—Según recuerdo no cocinas bien.

—He aprendido.

—Haz cualquier cosa sencilla —intervino Velkan—, será suficiente.

—Tu primo es más comprensivo. —Félix dirigió su atención hacia él—. ¿Te gusta el pueblo? Al parecer tú a ellos sí.

Se dio cuenta de que los allí presentes levantaba su cerveza a modo de saludo hacia el forastero, las dos rondas que ya llevaban estaban creando un buen ambiente de complicidad. Velkan sonrió, había cosas que nunca cambiaban.

—Sí, aunque lo esperaba más tranquilo.

—Eso es porque no estás aquí en verano, entonces sí que es un ajetreo total, los turistas se triplican, aunque cada año se alarga más la estación de visitas, incluso en invierno hay quienes también hacen las rutas. —Félix miró el reloj de pared de madera vieja del bar—. ¡Qué tarde es ya! Solo he venido a saludaros.

—¿A qué hora vuelves a clase? —le preguntó Iván.

—En cinco minutos, no puedo quedarme más.

—Entonces esta noche vamos a tu casa, ¿sobre qué hora te viene bien?

—Sobre las ocho, así tendremos noche para charlar con tranquilidad ya de una vez.

Félix se marchó, pero la celebración parecía no acabar, las conversaciones y los pequeños grupos se fueron organizando y el interés en Velkan diluyéndose en otro tipo de charlas por lo que se vieron algo más libres para comer allí. Dimitrus les preparó un buen estofado de ternera y descansaron en la taberna hasta la hora acordada con el administrador, la tarde iba a estar ocupada con los negocios.

A las cuatro en punto llegaron los citados. El administrador extrajo los documentos pertinentes y los arrendatarios se sentaron alrededor de la mesa grande del salón que todavía mantenía el olor a cerrado del lugar. Iván y Velkan estaban sentados frente a ellos, escuchando cómo el administrador les explicaba las circunstancias y les entregaba los papeles legales. Los allí presentes eran campesinos que seguramente nunca habían abandonado la comarca de Arefu y que seguían tan arraigados a sus terrenos como la propia tierra y que dependían de ella y de la confianza en Iván, estaban allí para defender sus derechos de explotación y ellos debían atenderlos. En cuanto todo estuvo preparado, cada cual

expuso sus preocupaciones, todos creían tener razón y querían hacerse notar, pronto dejaron de oírse las voces por separado y un gran barullo impidió entenderse, Iván se hartó.

—Un momento —dijo—, el problema es que estoy pasando por alto los pagos, los retrasos son importantes y no puedo aplazarlos más.

—Señor Basarab, la cosa está muy mal, no podemos hacer frente a los pagos generales, la crisis y la caída de precios nos tiene con lo justo para vivir —dijo uno de los agricultores el que parecía ser su portavoz, un hombre recio, forjado por los años sacados al trabajo de la tierra.

—Pero el señor Basarab no puede dejar de percibir su dinero, es el dueño de los terrenos. —El administrador no iba a permitir que dejaran de pagar, si era necesario les quitaría el sustento.

—¿Cuánto ha descendido el precio del producto? —Velkan llevaba un rato observando a los presentes sin hablar, no era la primera vez que escuchaba sobre esa crisis y se decidió a intervenir, conocía mejor que Iván el funcionamiento de las tierras.

—Depende del producto. Un veinte por ciento, un veinticinco estos últimos años o incluso más —le informó el administrador.

—Entonces se rebajará el precio del arriendo en el mismo porcentaje hasta que se recuperen los precios.

—Pueden pasar muchos años y eso supondría un descalabro en los informes de cuentas.

—Cuadrar ese descalabro es su trabajo, no tienen por qué pagar ellos, al fin y al cabo, son los afectados directos y no vamos a permitir que pasen hambre, eso es algo indiscutible. Nosotros estamos dispuestos a reducir los ingresos. Mejor eso que nada, ¿no cree?

—No lo veo así. —El administrador frunció el ceño, llevaba años al servicio de Iván y nunca había interferido en su trabajo, nunca se había involucrado lo suficiente como para conocer su trabajo, sus informes y sus pagos, pero el nuevo primo parecía no seguir la misma línea.

—Pues entonces tiene dos opciones o lo arregla o lo hará otro —afirmó Velkan sin dejar ninguna opción, el administrador, algo enjuto no terminaba de caerle bien.

El hombre se giró para mirar a Iván, no podía creer que le hablara de despido, pero Iván asintió, debía aceptar. El administrador se colocó las gafas y dejó escapar un leve suspiro, al parecer ya no iba a ser tan lucrativo trabajar para Basarab; Velkan le resultó intimidante y que se

inmiscuyera en su oficio era un inconveniente. Aun así, ellos eran los dueños, los que mandaban y él quería conservar su trabajo.

—De acuerdo, lo prepararé todo —cedió al final.

—¿Aceptáis las condiciones? —esa vez Velkan se dirigió al campesino portavoz y este lo consultó con los demás arrendatarios que contestaron con gestos de asentimiento.

—Sí, eso nos permitirá cumplir. Si no hubiera sido por los problemas económicos no habríamos llegado a esto, no queremos nada que no nos corresponda.

—Nunca hemos dudado de eso —dijo Velkan.

—¿Todo solucionado? —preguntó Iván.

Ellos asintieron de nuevo, ya con más tranquilidad, había sido más fácil de lo que parecía al principio y por primera vez había sido a su favor.

Mientras tanto, Iván contó a los asistentes y se dio cuenta de que faltaba una de las familias del pueblo, normalmente a esas reuniones acudían todos.

—¿Dónde están los Matei? —les preguntó algo preocupado.

—No han podido venir, todavía no han terminado la recogida.

—¿Cómo es posible?

—No tienen dinero para contratar a nadie, están solos.

—¿No estaban sus nietos con ellos? —se informó Iván.

—No les ayudan —corroboró uno de los campesinos—, lo único que hacen es malgastar el poco dinero que tienen y dejan que parte de la cosecha se pierda en el campo.

—Ya veo, pasaré a ver en qué condiciones están y a informarles de las modificaciones. —Iván dio la reunión por terminada—. Pues si no hay más dudas daremos esto por zanjado, os haré llegar lo nuevos contratos cuanto antes.

—Gracias, señor Basarab.

Todos se acercaron a darle la mano, contentos de haber llegado a un acuerdo tan provechoso y se marcharon a sus casas con la confianza en que les iría mejor a partir de ese día, que las nuevas condiciones

facilitarían la supervivencia de los arrendamientos y de las tierras del pueblo. El administrador recogía los papeles con cuidado.

—Prepáralo todo cuanto antes —le dijo Iván.

—Los nuevos contratos serán temporales —afirmó el administrador—, en vez de hacerlos otra vez, puedo establecer cláusulas anexas en los ya existentes, sería más rápido, un par de días a lo sumo.

—Hazlo como veas, pero cuanto antes estén mejor.

—Sigo pensando que es perder dinero.

—Usted no debe pensar nada, si perdemos algo es nuestro problema. —Velkan no acababa de congeniar con el hombre.

—No creo que las finanzas den para eso —le dijo titubeante. Velkan sonrió.

—No sabes nada de nuestras finanzas, solo conoces lo relativo a las tierras, pero no le des más vueltas, ya está decidido. Cuando los tengas redactados los repartes. —Iván zanjó el asunto, el administrador no tenía por qué saber la existencia de la posible fortuna familiar—. ¿Sabes en qué condiciones están los Matei?

—Lo único que sé es que tienen problemas personales con sus nietos. Yo no entro en eso.

—¿No es su trabajo conocer las circunstancias de sus trabajadores? —Velkan se levantó de la silla y lo enfrentó de nuevo, el hombre bajó la mirada—. Da igual, ya nos encargamos nosotros.

El administrador no esperó más, no quería más reprimendas y se marchó a preparar los documentos, ante la atenta mirada de Velkan.

—Déjalo ya —le dijo Iván adivinando sus pensamientos.

—¿Es de fiar?

—Le gusta el dinero, pero creo que sí. Además, es de la zona y lleva mucho tiempo trabajando para mí, lo conoce todo y no voy a cambiarlo.

—¿Puedes asegurar que no te roba?

—Si lo hace no lo he notado y no quiero preocuparme por eso.

—Tú decides. —Iván sonrió ante la claudicación de Velkan, pero debía admitir que había solucionado los conflictos rápidamente—. ¿Y qué

hacemos con esa familia que dices?

—Debería ir a verlos, comprobar su situación.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, aún hay tiempo hasta la hora de la cena con Félix.

—Vamos entonces.

La tarde estaba cubierta, aunque no lo suficiente como para llover, solo convertía en plomizo el ambiente. Salieron de la casa y se dirigieron andando a lo largo del camino principal que cruzaba el pueblo hasta la de los Matei, Velkan seguía a Iván que era quien conocía el lugar en el que vivían dejando que sus pies volvieran a recorrer esas tierras. Querían informarles en persona del nuevo trato y ver con sus propios ojos lo que ocurría. Por el camino Iván explicó a Velkan quiénes eran, poniéndolo al día sobre ellos.

—Andrei y Ferka Matei siempre han sido leales a mi familia, hace varios años sus hijos se marcharon a España para mejorar su vida y dejaron a sus dos niños con los abuelos, por eso me extraña que pierdan la cosecha, ya deben ser mayores y capaces de ayudarles.

Velkan le escuchaba mientras le hablaba de los muchachos, en épocas anteriores hasta los niños ayudaban en las faenas, ahora debían ser adultos para hacerlo y al parecer ni siquiera así lo conseguían. Llegaron a la casa justo cuando la pareja regresaba de la faena, solo los dos, sin los nietos. La mujer se acercó rápido a saludarlos, limpiándose antes las manos en el delantal de trabajo que llevaba, el hombre hizo lo mismo en sus pantalones.

—Señor Basarab, ¡qué alegría verlo!

—Hemos venido a ver cómo estáis, Ferka —le dijo Iván al aferrar su mano.

—Trabajando, ya ve —le dijo Andrei algo extrañado por la visita. Iván entendió su duda.

—Solo quería avisaros de que habrá una reducción importante en el arrendamiento de vuestras tierras, pero me han informado de que tenéis problemas para haceros cargo de la recolección.

—Ya estamos mayores y con los precios no podemos permitirnos contratar

a nadie —dijo el hombre.

—¿Y vuestros nietos? —preguntó Velkan. La pareja lo miró sin reconocerlo.

—Es mi primo Velkan —les explicó Iván.

—Estarán por ahí, es difícil. Nunca hemos querido importunarlos…, sus padres están lejos y… —dijo la mujer.

—Eso no es motivo para que no os ayuden, viven en la casa y comen vuestra comida, un poco de esfuerzo sería lo correcto —les dijo Velkan.

—No podemos decirles nada, no nos hacen caso —esa vez fue el hombre quien habló, la impotencia se notaba en su voz.

—Es vuestro deber educarlos —insistió Velkan.

—No tenemos fuerza para eso —dijo Andrei.

—Si no lo hacéis la cosecha se perderá y con ella vuestros ingresos, ¿de qué viviréis? —les preguntó de nuevo.

Los dos bajaron la cabeza, se notaba que para ellos era difícil tratar con los nietos, pero eso no iba a quedar así.

—Hablaremos con ellos —les dijo Iván—, ¿dónde están?

—Seguramente durmiendo —afirmó el abuelo señalando la casa.

Eran más de las cinco de la tarde. Velkan no esperó el permiso, se adentró rápidamente en la casa. No era muy grande y no le costó saber que la habitación de los chicos estaría en el piso de arriba; entró sin llamar, empujando la puerta y los vio durmiendo en las dos camas. Se acercó a los pies y con un fuerte tirón de las mantas los destapó, uno de ellos solo refunfuñó, pero el otro lanzó un fuerte insulto hacia su abuelo, sin saber que no era él quien entró.

—Arriba ya —les gritó Velkan.

Los dos jóvenes abrieron los ojos y miraron al alto desconocido que estaba en la puerta con los brazos cruzados y el ceño fruncido en un gesto de enfado, una mirada intensa y ligeramente cruel.

—¿Quién coño es usted? —le preguntó el que había soltado el insulto.

—El que os va a aclarar un par de cositas.

El joven se levantó a enfrentarlo, pero no llegó más allá porque un fuerte guantazo le cruzó la mejilla izquierda haciendo que se tambaleara. El otro hermano seguía en la cama sin hablar, Velkan lo observó, parecía más tranquilo y sumiso que el que estaba de pie, con él sería más fácil.

—¡Imbécil! ¿Cómo te atreves a…? —dijo el golpeado. Velkan no le dejó rechistar.

—A partir de ahora vais a ayudar a vuestros abuelos. —Ignoró al joven dolido y fijó sus duros ojos dorados sobre el otro—, ¿está claro?

El muchacho, aún en la cama, bajó la vista y asintió. Pero su hermano no estaba por la labor de obedecer y menos a un desconocido.

—¿Y si no? —dijo.

—Pues imaginad cómo sería vuestra vida solos, sin dinero sin diversión, con mi sombra detrás de vuestras espaldas… acechando… sin saber en qué momento atacaré… Os prometo que puedo arruinaros la vida…

Velkan agarró al muchacho del pijama y casi lo alzó, por suerte ya pudo ver miedo en sus ojos, el trabajo estaba hecho, solo faltaba rematarlo con algún toque teatral.

Desde el patio exterior, Iván y los Matei esperaban. Al principio no se oyó nada, pero pronto sonaron las imprecaciones, apoyadas por algún que otro sonido de choque, los tres se miraron comprendiendo parte de lo que estaba pasando dentro, ninguno dijo nada, pero los abuelos se preguntaban quién era ese hombre que tenía las agallas de acceder a una casa privada y armar ese escándalo sin ningún miramiento. Unos minutos después Velkan apareció por la puerta acompañado de los jóvenes cabizbajos, incluso se podría decir que temerosos. El miedo siempre funcionaba, lo había aprendido con Vlad y los turcos hacía siglos y esos mocosos mimados no iban a ser menos, una buena amenaza contra su vida con una buena dosis de imaginación fue suficiente, agarrarlos del cuello e intimidarlos con arruinarles la vida fue una estrategia efectiva, ellos entendieron que él era distinto y de que sería capaz de cumplir las amenazas. La opción de ayudar en casa les pareció lo mejor.

Los sacó arrastras de la casa y los lanzó al suelo delante de sus abuelos, Ferka se inclinó para sujetarlos, pero Velkan le hizo un gesto para que no lo hiciera y ella se frenó, había que educarlos.

—A partir de ahora ayudaréis en la recolección. Estaremos unos días más por aquí y antes de irnos todo debe hacer concluido —les informó Velkan sin abandonar la mirada amenazante—. Todos los años regresaré en estas

fechas para comprobar personalmente que se cumplen los plazos del trabajo, ¿queda claro?

Los muchachos asintieron, incorporándose, e Iván vio cómo Andrei sonreía fugazmente, entendiendo que era necesario un cierto grado de control, un control que ese primo de Basarab había sabido imponer en unos minutos. En cuanto todo se calmó, Ferka se acercó a abrazar a uno de ellos, antes de hacerlo volvió a mirar a Velkan, pero este no se opuso, las condiciones ya estaban aclaradas y ahora eran asunto de la familia. Iván se dio cuenta de que debían dejarlos solos.

—Nosotros nos vamos, aquí todo parece solucionado, os haremos llegar los nuevos contratos —les dijo Iván viendo que todo estaba en regla.

—Muchas gracias, señor Basarab, por todo —le dijo Andrei aferrando su mano, luego le tocó el turno a Velkan.

—Cualquier cosa que necesite puede buscarnos en la casa de la familia, estaremos por aquí —le aseguró Velkan que miró a los jóvenes de reojo para que entendieran sus palabras—, cualquier cosa…

—Gracias, señor Velkan, necesitábamos un empujón con ellos —le confió Andrei—, sé que Ferka los ha consentido demasiado, pero ya sabe cómo son las abuelas…

—Aun así, hay comportamientos que no deberíais consentir, no pueden aprovecharse de las personas que los quieren y eso deben aprenderlo.

Andrei miró a sus nietos que seguían al lado de Ferka sin querer entrar en la casa hasta que los Basarab se hubieran marchado, ya mostraban un mínimo de respeto.

—Creo que parece que van entendiendo. Gracias de nuevo, sire.

Velkan asintió, sin embargo, pensó que lo que había hecho con los jóvenes no era su trabajo, sino el de su familia que las cosas no habrían tenido que llegar a ese extremo si sus padres o sus abuelos les hubieran dejado las cosas claras desde el principio, al fin y al cabo, solo debían ayudar a la familia en sus propios terrenos, nada que no pudieran hacer.

Con el último saludo, se alejaron de allí y regresaron caminando a su casa. Iván había temido que Velkan se sobrepasara con su intervención y no le iba a preguntar qué utilizó para asustarlos, pero debía entender que en esa época la violencia y la amenaza eran delito, aunque parecía que se había sabido apañar a la perfección.

—No voy a preguntarte qué les has dicho —dijo Iván.

—Mejor.

—¿Sabes que no puedes pegar a la gente? Vi la mejilla del chico.

—Fue un ligero toque de atención.

—De todas formas, hoy día no es modo de solucionar las cosas.

—Así os va —afirmó Velkan.

—Solo dime que te vas a controlar en otras ocasiones.

—Haré lo que pueda.

Velkan le guiñó un ojo y los dos rieron, Iván sabía que él entendía las circunstancias y que actuaría en consecuencia, confiaba en eso, ser su guía significaba que debía hacerle caso, aunque no fuera siempre.

—Un problema menos —le dijo Iván—. La verdad es que te desenvuelves muy bien con los arrendatarios.

—Siempre me han interesado los problemas de la tierra, antes no estaba todo tan mecanizado, el contacto era más directo y aprendías a amarla y a interactuar con ella, su conocimiento era la diferencia entre la vida o la muerte.

—Supongo que tienes más experiencia que yo.

—¿No te preocupaba que las propiedades de la familia fueran mías? Pues puedo encargarme de la parte de los asuntos de aquí, así me ocupo en algo y tú te quedas más tranquilo, matamos dos pájaros de un tiro.

Iván sonrió, nunca le había gustado lo referente a las tierras, si no las había vendido era porque recordaba los momentos pasados allí con su abuelo, su infancia y lo que el lugar significaba para él y su padre, era su herencia, sus raíces, que Velkan quisiera involucrarse le parecía genial.

Llegaron a la casona, aún tenían unas horas hasta la cena con Félix y se dispusieron a buscar las pertenecías de Velkan que Viktor guardó hacía más de un siglo y que con suerte tendrían la llave de la cámara del banco. Subieron a la pequeña buhardilla en la parte alta y central de la casa, su tejadillo pronunciado a dos aguas dejaba un espacio reducido y estrecho para desván y una ventana permitía pasar la luz del sol que ya estaba cada vez más bajo en el horizonte. Velkan observó el lugar, había objetos de lo más cotidiano, unos arcones guardaban ropas y sombreros que él recordó y una vieja mecedora le devolvió la imagen de Hanna, la

bisabuela de Iván, acunando a su abuelo de bebé. Iván alcanzó la vieja arqueta de madera labrada que había en lo alto de uno de los viejos armarios, le sacudió el polvo y la abrió apoyándola en otro de los ajados muebles. Allí encontró unas fotos viejas de su abuelo y sus bisabuelos, una llave antigua y una cadena con una medalla que representaba a un dragón enroscado con una cruz. Velkan vio la cadena y la cogió.

—¿Es tuya? —le preguntó Iván al ver su cara de sorpresa.

—Sí, la llevé conmigo durante siglos, se la di a Viktor antes de despedirnos.

—Al parecer la guardó, ¿qué es?

—Es el símbolo de la Orden del Dragón, perteneció a uno de tus antepasados: Vlad III Draculesti y a su familia.

—O sea, que es verdad.

—¿El qué?

—Que Drácula fue mi antepasado.

—¿Drácula?

—Es como se le conoce hoy día, aunque hay más nombres como Vlad el empalador.

Velkan frunció el ceño, acordándose del apelativo que le impusieron los turcos a Vlad: Tepes.

—Entonces sí, desciendes de él y él de mí.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó Iván.

—Más de los que recuerdo.

Velkan repasó las fotografías en las que aparecía Viktor, Hanna y el bebé. Recordaba la primera vez que habían visto hacer una, la revolución que supuso para la sociedad el poder captar una imagen e inmortalizarla, hasta ese día solo los lienzos lo habían conseguido, sin embargo, la foto era mucho más real. Iván observaba una en la que aparecía su padre con su primera esposa.

—Mira. —Iván se la enseñó a Velkan—. Ella fue la primera mujer de mi padre.

—¿Qué pasó?

—Murió en el parto y mi hermano también, fueron épocas difíciles al terminar la guerra. Después se casó con mi madre.

—Supongo que todo el mundo tiene sus historias.

—¿Me contarás la tuya?

Velkan cerró los ojos y se colgó la cadena del dragón al cuello.

—Es hora de ir a casa de tu amigo a cenar, ya habrá otro momento para historias.

Iván asintió, sería en otra ocasión. Dejaron de nuevo las cosas en la arqueta y la colocaron sobre una mesa, la llave que buscaban estaba allí y pronto debían llevarla al banco, pero primero pasarían unos días más disfrutando del pueblo.

La casa de Félix estaba unas calles más abajo que la de Iván y no tardaron mucho en llegar. Su amigo ya los esperaba con todo listo y la cena transcurrió tranquila, al final Félix había conseguido hacer algo comestible y aguantó las bromas de Iván un buen rato. Después de la comida, se sentaron en un sofá del salón a degustar uno de los licores de la zona y a charlar. Félix le dio la bandeja con los vasos a Velkan.

—Acerca la otomana al sillón, así estaremos más cómodos, deja la bandeja sobre ella si quieres.

—¿La otomana? —preguntó Velkan extrañado por el nombre.

—Sí, esa especie de taburete cuadrado con tapizado de sofá, ¿no sabes qué es?

—No por ese nombre, ¿por qué la llamas otomana?

—Es como se llama ese tipo de asiento —dijo Iván—, procede de oriente.

—Ya —Velkan se rio ante la extrañeza de los demás.

—¿De qué te ríes? —preguntó Iván.

—Me ha resultado gracioso que haya una otomana en Rumanía, hace siglos no queríais nada turco.

—Son las modas —afirmó Iván sonriendo también.

—Y la historia cambia —dijo Félix entendiendo la comparación con otras épocas menos pacíficas.

—Sí, ahora es un mueble. —Velkan no podía parar de reír y contagió a los otros dos.

Al cabo de unos minutos de risas la cosa se calmó y Félix sirvió la bebida, alejando la otomana y acercando la mesa del salón.

—No eres de por aquí, ¿verdad? —le preguntó Félix.

—Sí lo es, cuando era niño su familia se marchó fuera del país por motivos laborales y ahora se ha trasladado de nuevo a vivir aquí —improvisó Iván, a Félix no le importaba de dónde era él realmente.

—Entonces deberíamos recordarte cómo es nuestro bello país.

—En eso estoy, después de unos días aquí, iremos a Bucarest —le informó Velkan.

—Hazle la ruta vampira, la ruta de Drácula, es lo que más demandan los turistas, así volvéis aquí y nos vemos de nuevo pronto —le sugirió Félix a Iván.

—¿La ruta? —preguntó Velkan, ya había oído hablar de ese tema en la taberna de Dimitrus y quería entenderlo.

—Sí, los turistas e interesados hacen un recorrido por el lugar donde nació Drácula, por los castillos en los que vivió y por todas las leyendas de vampiros que lo inspiraron —le explicó Félix—. La subida a Poenari es interesante, incluso han colocado figuras de empalados.

—Estaría bien dar una vuelta —dijo Velkan sorbiendo del vaso y dejando que el licor dulce acariciara su paladar.

—No lo es tanto, además ahora no es el momento, tenemos asuntos que resolver —afirmó Iván.

—Hombre, cuando tengáis tiempo —dijo Félix.

—Ya veremos. —Iván frunció el ceño.

—Bueno, tú tienes los prejuicios de tu apellido, pero turísticamente hablando es un filón, qué bien nos hizo ese Bram Stoker escribiendo ese libro.

—¿Qué libro? —quiso saber Velkan.

—Ya sabes, Drácula, el famoso libro de vampiros.

Iván resopló, no compartía el entusiasmo de su amigo por la figura de Drácula, él estaba tan imbuido en el comercio del pueblo que le agradaba el ambiente turístico y era su forma de meterse en broma con su amigo. Pero Iván no sabía qué pensar de la reacción de Velkan, de su nuevo interés, supuso que tampoco entendía a qué se refería Félix con la ruta del vampiro. Según había imaginado, Velkan conoció a Vlad, vivió con él… igual resultaba interesante recorrer esos lugares juntos. Pero no dejaba de ser contradictorio, la figura de Drácula siempre había levantado controversia, en su tierra había quienes apoyaban el turismo como le pasaba a Félix y había quienes lo veían como un insulto a un héroe nacional. De todas formas, Iván siempre había intentado mantenerse al margen de cualquier opinión.

—Por cierto, ¿qué te pasó con tu ex? —le dijo Iván cambiando de tema, a Félix le resultaría extraño descubrir que Velkan no sabía nada del conocido libro ni de los vampiros modernos.

—Fue un problema de prioridades, ella no quería quedarse en el pueblo y yo no quería abandonar mi vida ni mi trabajo —dijo Félix tajante.

—Una buena razón —afirmó Iván.

—Bueno, ya me he acostumbrado a estar solo.

Félix estiró las piernas sobre la silla y se recostó en el sofá, poniendo algo de música de fondo.

El resto de la velada los tres se pusieron al día con sus respectivas vidas, la de Velkan por supuesto inventada, y disfrutaron de un rato de hombres. Al cabo de tres horas y con unas copas de más, dejaron a Félix durmiendo a pierna suelta en su cama y regresaron a su casa, una vez allí Velkan se sentó en un mullido y antiguo sillón e Iván retomó la pregunta que le había hecho antes de la cena, le intrigaba saber de él. Se sentó en otro de los sillones del salón y quedaron uno enfrente del otro, era el momento para empezar a conocerle y ninguno de los dos tenía sueño aún.

—¿Qué quieres saber? —le pregunto Velkan.

—Supongo que todo lo que quieras contarme.

—En otras circunstancias ya lo sabrías todo de mí.

Iván asintió, si Velkan no hubiese decidido morir, posiblemente lo habría criado, él conocería su historia de forma natural, pero ahora debía

contárselo todo de golpe.

—Empieza por el principio —dijo Iván—, por el momento en que naciste.

Velkan cogió una copa de vino y cruzó las piernas, acomodándose en su sillón y, fijando la vista en un cuadro que representaba un paisaje típico de los Cárpatos, dejó que los recuerdos acudieran a su mente.

—No podría decirte con exactitud la edad que tengo, pero recuerdo la época en la que vine al mundo, cerca de aquí. Era un tiempo distinto, se disfrutaba de un cierto atisbo de paz, lejos quedaban ya las luchas tribales territoriales por los cotos de caza cada vez más desiertos. Hacía siglos que la domesticación de plantas y animales había estabilizado los clanes y las aldeas empezaron a crecer. Las pocas trifulcas que había con tribus vecinas eran por cualquier asunto político menor y por disputas jerárquicas. Las primeras ciudades empezaron a surgir a la vez que se desarrollaron las especializaciones laborales y sociales y el trabajo de los metales.

—¿Eso es en el calcolítico o en la edad del bronce? —se asombró Iván.

—Yo trabajaba el bronce, el cobre apenas se utilizaba ya.

—¿Entonces me hablas de hace más de 3000 años?

—Posiblemente.

Iván lo miró con los ojos muy abiertos, lo había creído antiguo, pero no tanto y eso solo significaba que sus ancestros también procedían de esa época casi prehistórica. Expulsó el aire lentamente de los pulmones y se dispuso a escuchar el antiquísimo relato de la vida de Velkan.

Capítulo 4

CAPÍTULO 3

Europa del este. Cerca del Mar Negro. Edad del bronce.

»Nació en una noche oscura, con el aullido de un lobo oyéndose en la lejanía a través de los bosques frondosos e inexplorados que al caer la oscuridad se convertían en lugares mágicos para las gentes del lugar. Cuando salió de su progenitora no lloró, respiró él solo, sin ayuda, y lamió la sangre de su madre que aún permanecía en su cuerpecito. La partera, sorprendida y atemorizada a partes iguales, miraba al niño que la observaba con unos ojos abiertos intensamente negros, no era lo normal en un recién nacido. Su madre lo tomó de las manos de la mujer y lo acercó a su pecho, pero el niño seguía alimentándose de la sangre, chupándose el puño que introducía con ahínco en la boca, pronto los esfuerzos por engancharlo al pezón se vieron recompensados con el primer trago.

—¿Qué nombre le pondrás? —le dijo la partera a la joven.

—Velkan.

—Es un niño fuerte, quizás demasiado.

—Mejor, así sobrevivirá.

La madre era todavía muy joven, estaba en la edad de disfrutar la juventud, de disfrutar las celebraciones a los dioses. Ese último año la pequeña aldea de no más de treinta personas había convivido con una de las tribus viajeras que aún buscaban las manadas ya casi extintas. Las pocas veces que eso pasaba las relaciones entre distintas gentes y el aprendizaje intercultural aumentaban; la intimidad era mucho más variada y frecuente, los festejos más habituales. Fue después de que los nómadas se hubieran marchado cuando Kara descubrió que estaba en cinta ni siquiera sabía quién era el padre del niño ni siquiera había pensado en establecerse y tener una familia, pero ahora con el recién nacido todo cambiaba, pronto debería decidirse por un hombre y darle un hogar seguro a su hijo. El niño solo llevaba unos instantes entre sus brazos y ya lo amaba más que a nada, ya se había convertido en su prioridad, por eso, aunque la mujer le dijera que era demasiado fuerte, para ella eso era una tranquilidad, la mortalidad de bebés era muy alta y no quería que Velkan fuera uno de ellos.

Después de que la partera se marchara, la puerta de la choza se abrió y un joven moreno entró. Acercándose a la madre y sentándose junto a ella,

acarició la cabeza del bebé y la besó en la frente, con ojos enamorados.

—Si me aceptas, Kara, estaré contigo —dijo el joven reuniendo todo el valor que pudo, llevaba un tiempo queriéndola en silencio y no iba a perder la oportunidad de decírselo.

—Siempre has estado a mi lado, desde niños —le dijo ella devolviéndole una amplia sonrisa y recordando toda una vida de juegos juntos.

—Sabes que me refiero a un hogar.

—Lo sé, Atoral.

—¿Entonces? —preguntó él.

Kara asintió él era ahora su futuro y nunca habría elegido a uno mejor.

Los días siguientes al alumbramiento, Atoral le preparó un bello hogar. La choza familiar que construyó tenía todo lo necesario para empezar una vida juntos y la forja en la que él trabajaba estaba tan cerca que le permitía estar constantemente pendiente de ella y de su nuevo hijo al que cada día quería más. Era un placer tenerlos con él; allí, solos los tres, formaron su propia familia y empezaron su camino uno al lado de otro. Siempre había soñado con algo así.

El tiempo fue pasando, Kara ya andaba con comodidad después del parto y se ocupaba de su hogar, pero Velkan era un constante motivo de preocupación, siempre estaba intranquilo y sus padres no sabían qué hacer para que descansara. El niño se aferraba con fuerza al pecho de su madre, pero, aun así, no era capaz de saciarse y lloraba más de la cuenta, la joven no entendía por qué ocurría eso, por qué, teniendo leche suficiente, Velkan siempre tenía hambre. Se acostumbró a llevarlo cargado cerca de sus senos para que dispusiera de leche siempre que quisiera y mientras él dormía pegado a su madre, ella hacía sus abalorios de cobre.

Y todo ocurrió de repente.

Un día en el que trabajaba, Kara se hirió en el pecho con una de las cuentas y un ligero arañazo dejó salir unas gotas de su sangre que fueron a parar a la boca de Velkan; cuando separó al niño de ella para limpiarlo, observó un hilillo de sangre que manchaba la boca del bebé, pero en ese instante él empezó a mamar de nuevo con ansias renovadas, saciándose, entonces Kara recordó algo del día del parto, recordó al niño lamiendo su puñito cubierto por los restos de su nacimiento y sin dudarlo volvió a aproximar el pecho a Velkan, quien succionó con fuerza tragando una mezcla de leche y sangre. Pronto dejó de alimentarse y por primera vez desde que vino al mundo se durmió tranquilo entre los brazos de su

madre.

—¿Ha dejado de llorar? —Atoral regresaba de la forja y se sorprendió al no escuchar al niño.

—Sí. —Kara se mordía el labio, pensativa.

—¿Pasa algo? ¿Velkan está bien?

—Se ha saciado.

—Eso es bueno, ¿no?

—Creo que ha sido la sangre.

—¿Sangre? ¿Qué sangre?

—No pongas esa cara de horror, solo me hice un rasguño en el pecho con uno de los collares… pero él la bebió junto a la leche… He recordado que al nacer ocurrió igual, se chupaba su propio puño cuando aún tenía los restos del parto. ¿Y si es la sangre la que lo alimenta?

—¿Eso es posible? —preguntó Atoral acercándose al niño y mirándolo con intensidad mientras dormía, parecía tan normal.

—No lo sé, pero a él lo ha calmado.

—Es una conclusión demasiado precipitada. Deberíamos esperar a ver si tienes razón, igual son tus ganas de que deje de llorar.

—Lo comprobaré cuando vuelva a tener hambre, cuando vuelva a inquietarse, le daré leche solamente a ver qué pasa.

Los dos se quedaron un buen rato viendo a Velkan dormir, nada parecía extraño, era un niño normal que apretaba los parpados mientras soñaba y sonreía entre los brazos cálidos y protectores de su madre. Al cabo de unas horas empezó a removerse y a buscar de nuevo el pezón, dejaron que mamara como de costumbre y observaron su reacción, seguía inquieto y sin saciarse, su madre no lo dudó y se hizo otro rasguño en el pecho, justo sobre la boca de Velkan, que en cuanto saboreó la sangre se calmó. Atoral le acarició la cabeza.

—Pues habrá que darle sangre…

—¿Y cómo lo hacemos?

—Podemos probar con sangre de animal.

—Es muy pequeño aún, yo puedo darle la mía, no necesita mucha, solo con sentirla en su boca ya funciona.

—No puedes herirte cada vez que tenga hambre.

—Sí que puedo, un tiempo por lo menos, cuando sea más mayor ya veremos qué hacer. —Kara besó a su hijo en la frente. El hombre asintió, el niño no requería tanta sangre como para que su madre no pudiera dársela.

—Aguantaremos así un par de meses, pero de todas formas recogeré sangre de algún animal que cace por si fuera necesaria.

—Atoral, tengo miedo.

—Es nuestro hijo, no nos hará daño.

—No me preocupa Velkan, sino los demás. ¿Qué pasará si se enteran de que bebe sangre?

—Bueno, podemos ocultarlo.

—¿Y si no podemos?

—Confiemos en que nadie se enterará o en que sabrán llevar la situación, igual hay más niños como él.

Atoral se acercó a abrazar a su mujer para que dejara de temblar. Era lo que más quería, a ella y a su hijo, verlos juntos llenaba su corazón y pasara lo que pasara los protegería.

Pasaron unas semanas y observaron al niño, al parecer no necesitaba beber sangre siempre, sino solo de vez en cuando y cada vez tardaba más tiempo en hacerlo. Su madre empezó a conocer cuándo lo necesitaba observando cómo sus ojos cambiaban de color y bastaba con un ligero rasguño en el pecho para saciarlo, no iba a ser tan difícil ocultar su secreto. Pero uno de esos rasguños no pasó desapercibido para la mujer que la había ayudado a dar a luz. Denar, la partera, vigilaba los avances del niño desde la noche que nació, desde que lamió los restos del parto, tenía sospechas sobre la naturaleza del recién nacido y había oído historias antiguas que hacían referencia a la sangre, aunque siempre pensó que eran para provocar miedo, leyendas para asustar y enseñar que se contaban al lado del fuego, cuentos para no dormir. Sin embargo, había algo extraño en Velkan y en el comportamiento de su madre, no

esperó más y una tarde se acercó a hablar con Kara.

El niño descansaba sobre unas pieles cuando Denar accedió a la choza, en cuanto Kara vio a la curandera dejó de lado las tortas que estaba preparando y se sentó a su lado. Las visitas de Denar siempre era motivo de respeto, pero esa vez era distinto y la mujer no tomó la infusión de hierbas que Kara le ofreció y fue directamente al grano.

—No puedo permitir que tu hijo siga entre nosotros.

Kara abrió mucho los ojos por la sorpresa, «¿qué le estaba diciendo?»

—¿Cómo dices?

—Te he estado observando y he visto lo que necesitas para alimentarlo.

—No sé de qué me hablas, aún lo amamanto.

—Lo vi nacer, Kara, y no puedes engañarme.

Kara cogió al niño de las pieles y lo abrazó mientras dormía, era aún tan pequeño.

—Es mi hijo, Denar, y es bueno. Te juro que solo bebe leche.

Denar retiró la ropa del pecho de Kara y le señaló las marcas.

—¿Y esto?

—Me araña mientras mama, no entiendo a qué te refieres.

—A la sangre. —Denar ya estaba harta de sus mentiras—. Este niño está maldito y nos condenará.

Kara se dio cuenta de que no podría engañarla más.

—No es una amenaza, yo le proporciono lo que necesita —le dijo a la defensiva.

—¿Y qué pasará cuando tú no lo hagas?

—Le enseñaremos a hacerlo por él mismo, a respetar a su gente, podemos conseguirlo. Seguro que hay más como él y tú los conoces.

—Ahora no hay nadie más así —afirmó Denar sin apartar la vista del bebé, intentando encontrar algo en él que lo delatara.

—¿Ahora? —preguntó Kara extrañada— ¿Cómo ahora?

—Antes los hubo, pero son leyendas o eso creía hasta hoy.

—¿Dices que ya ha pasado?

—Son historias antiguas sobre bebedores de sangre, demonios nacidos en noches oscuras.

—¿Y dónde están? ¿Han sobrevivido?

—Mueren de niños, al nacer. No podemos permitirles vivir, es un sacrificio a los dioses por un futuro bienestar.

—Entonces no mueren, los matan.

—Es nuestra ley, son nuestras creencias, nuestras costumbres, no debes oponerte. Un ser que vive de la sangre de otros está maldito.

—¿Me estás pidiendo a mi hijo para sacrificarlo?

—Es tu deber entregarlo y cuanto antes mejor.

—¿Y si no lo hago?

—No es tu decisión, solo estoy indicándote qué hacer. Y si no lo haces, avisaré a otros con más poder que yo para que tomen una decisión, pero sé que entrarás en razón antes de que eso pase. Kara, ya tendrás más hijos, hijos de Atoral, que llenarán tu hogar. —Denar vio cómo Kara bajaba la cabeza y miraba al niño y tuvo la certeza de que aceptaría—. Te dejo unos días para pensarlo y para despedirte, háblalo con tu compañero, apóyate en él.

Denar no dijo más y se marchó de la choza, dejando a Kara con su hijo en los brazos y con una decisión determinante en su mente, pero no la que ella creía. Kara no era excesivamente religiosa y ni los dioses ni sus castigos, ni las amenazas de Denar y los suyos la asustaban. Sin pensarlo dos veces empezó a recoger sus cosas personales y las del niño, no iba a esperar a que se lo llevaran, a que lo sacrificaran por creerlo un demonio, a él… a su pequeño. Igual violaba las leyes del poblado e incluso de todas las gentes que conocía y que conocería, pero no iba a dejar a su hijo en sus manos, nunca lo permitiría, aunque se condenara, si otras madres antiguas en el pasado lo hicieron y abandonaron a sus hijos a la muerte, ese no iba a ser su caso.

Unos hatillos ocupaban el centro de la choza donde se situaba el hogar

cuando Atoral entró.

—¿Qué ocurre?

—Me voy y me llevo a Velkan lejos de aquí. —Su compañero la miró sorprendido con la pregunta en los ojos—. Quieren sacrificarlo por su necesidad de sangre.

—¿Quién se enteró? —Atoral esperaba que tarde o temprano alguien se diese cuenta, pero aún era pronto.

—Denar siempre lo sospechó, desde que nació y dice que hay que matarlo por unas creencias antiguas…que es un demonio maldito. No voy a permitirlo.

—Ya veo…

—Entendería que no quisieses acompañarnos, no es tu hijo y no tienes por qué dejar tu vida por mi rebelión.

—Sois mi familia y haré lo que sea necesario para protegeros.

—Pero no quiero obligarte a seguirme, eres libre de hacer lo que desees.

—Lo que deseo es estar con vosotros, te lo juré el día que te pedí que te unieras a mí y sigo pensando lo mismo.

Kara se lanzó en sus brazos y lo besó, se había planteado irse de todas formas, pero que él quisiera estar con ellos la emocionó.

—Te quiero, no sabes lo que eso significa para nosotros.

—¿Dónde iremos? —preguntó el hombre.

—Lejos de aquí, a un lugar en el que no nos conozcan, en el que no pregunten ni sospechen.

—Me gustaría ver la gran agua. —Kara sonrió, él ya pensaba en el futuro y en un hogar—. Siempre he querido saber cómo es, cómo huele, cómo se vive sobre ella. Mi madre me decía que mis antepasados vinieron de allí.

—De acuerdo, entonces iremos a buscar la gran agua si eso te hace feliz.

Atoral preparó también sus cosas, llevando solo lo necesario para el largo viaje y esperaron a que anocheciera. Aprovecharon las horas de oscuridad para huir de la aldea, atrás dejaron el pequeño grupo de chozas, todas iguales y la forja que hasta ese día había sido el lugar de trabajo de

Atoral; era un forjador experimentado, sabía tratar el bronce como nadie y no le costaría encontrar faena en cualquier otro lugar, además, Kara tenía muy buena mano para los adornos de cobre y su labor sería admirada, no les preocupaba su vida futura, sino la de Velkan. Debían conseguir de alguna manera ocultar las necesidades del niño y enseñarle a hacerlo a él, si las creencias antiguas en demonios de sangre estaban arraigadas, la mayoría de las culturas las respetarían y amenazarían la vida del niño.

Caminaron a través de los frondosos bosques guiados por las estrellas, nadie se aventuraba por ellos a esas horas que consideraban mágicas por miedo a que algún espíritu de los árboles los castigara, pero la pareja no iba a permitir que eso los frenara, convencidos de que la nueva vida que les esperaba sería mejor que la que dejaban atrás. Kara abrigaba al niño con su propia piel de lobo y seguía los pasos de Atoral por el sendero que tan bien conocía, internándose en la espesura del bosque y en la oscuridad que los protegería.

—En el fondo me imaginaba que harías algo así.

Una voz de mujer salió de entre los árboles y pronto tuvieron dos figuras enfrente, frenándoles el avance. Denar apareció delante de ellos acompañada por el joven que tenía como aprendiz, no iba a permitir que se llevaran a Velkan y los condenara.

—Entréganos al niño. —El joven dio un paso al frente, pero Atoral le cortó el camino, interponiéndose.

—¡Kara, corre!

Atoral sacó uno de sus cuchillos para amenazarles, solo buscaba que los dejaran seguir su camino, pero el joven, envalentonado por la misión, le plantó cara, permitiendo que Denar alcanzara a Kara y a Velkan. Las dos mujeres forcejearon, Kara estaba en clara desventaja porque debía proteger a su hijo y Denar era mucho más corpulenta que ella, no tardó en golpearla y lanzarla al suelo, arrebatándole al niño, ignorando las súplicas de la madre desde el suelo y el llanto del bebé. Pero cuando se giró para indicarle al joven que se marchaban, observó cómo Atoral clavaba el cuchillo en el pecho del aprendiz y el chico caía de rodillas.

—No sabéis lo que habéis hecho, esto os costará caro.

—Suelta a mi hijo, Denar —le dijo Atoral con la cara cubierta de sangre por la lucha llevada a cabo, aferrándose también el abdomen por algún golpe y aproximándose a ella con el cuchillo goteando la sangre de su aprendiz.

La curandera sonrió, la mano del hombre temblaba, lo conocía y sabía que no era violento y lo ocurrido fue por un instinto de protección.

—¿Os dais cuenta de que ya se está vertiendo la sangre, de que ya os habéis convertido en malvados, de que es obra de ese niño? —insistió ella.

—Dame a mi hijo —repitió Atoral dando un paso hacia ella con el arma en alto.

—No eres un asesino. Sé que no eres capaz de hacerme nada —dijo Denar de forma prepotente.

—Quizás él no, pero yo sí —le dijo Kara desde atrás.

Y sin dar más tiempo para que reaccionara agarró una roca que tenía a mano y la golpeó en la cabeza, haciendo que perdiera el conocimiento. Atoral recogió al niño de los brazos de la curandera justo a tiempo para que no cayera con la mujer y lo abrazó fuerte, calmándolo. Kara miraba a Denar en el frío suelo del bosque, era noche cerrada y no se oía nada más que el aullido de un lobo en la lejanía.

—Vámonos —le dijo Atoral, pero ella seguía mirando a la curandera.

—No puedo dejarla viva, nos perseguirá e informará a todo el que pueda de la condición de Velkan. Nunca viviremos tranquilos.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó su compañero.

—El aprendiz está muerto, ¿no? —Kara estaba decidida.

Atoral asintió, ya no había marcha atrás y la muerte de Denar les aseguraba su futuro.

—Supongo que nadie los echará de menos en unos días, es normal que se vayan de vez en cuando de la aldea para buscar plantas para sanar… Cuando los encuentren ya estaremos lejos y ellos, maltratados por los animales del bosque.

—Nadie sospechará… —dijo Kara observando cómo su compañero apretaba al niño contra su pecho—. Yo lo haré, tú ya has matado por nosotros.

Se agachó delante de la mujer herida y volvió a golpearla con la piedra hasta que la cabeza quedó destrozada, hasta que dejó de sentir su latido. Mientras lo hacía giraba la cabeza, no podía verlo, nunca se habría creído capaz de hacer algo así, pero Velkan era su prioridad y Denar no había querido entenderlo, no había querido ver el poder y la fuerza del amor de

una madre.

Ocultaron los dos cuerpos cerca de unos grandes árboles y los abandonaron a su suerte, ya los encontrarían y los enterrarían, no era extraño que los animales salvajes atacasen a personas y no era extraño que los curanderos recogieran y enseñaran las plantas medicinales a sus aprendices, incluso pasando días solos en el bosque. La pareja inició de nuevo su camino, por fin eran libres de los prejuicios y no se arrepentían de nada de lo ocurrido y si como decía Denar: estaban malditos, sabrían vivir con eso.

Se establecieron en una gran aldea cerca del mar.

Habían viajado a pie hacia el este durante muchas jornadas y conocido varios lugares interesantes, pero Atoral soñaba con vivir cerca del mar y a Kara le daba igual un sitio que otro. Su nuevo hogar, una proto-ciudad, trajo consigo la convivencia con mucha más gente, Kara hacía trueque con sus adornos y Atoral forjaba espadas para los jefes jerárquicos de la aldea, vivían en una choza rectangular bastante más grande que la de su antiguo pueblo y de forma más desahogada. Velkan iba creciendo deprisa y cada día estaba más fuerte, sus risueños ojos dorados eran la delicia de su madre y cada vez que el niño la dejaba ella se lo comía a besos, aguantando hasta que el crío se removía incómodo. Sus hábitos sanguíneos se dilataban cada vez más en el tiempo, pero el día que lo necesitaba era más la cantidad de sangre que bebía y su madre no podía saciarlo, por lo que empezaron a cobrar caza para hacerlo, siempre con el mayor sigilo. Velkan poco a poco iba entendiendo cómo saciarse y comprendiendo lo que sus padres le explicaban para protegerlo, fue aprendiendo que la sangre animal era la adecuada y que los humanos eran sus iguales, fue aceptando que era distinto, que debía ocultarse y que podía controlar su naturaleza y respetar a los hombres. Unos años después, nació un nuevo niño en la familia y otro después una niña, ya eran una familia completa. Velkan jugaba con sus hermanos mientras aprendía a forjar el bronce junto a su padre, le gustaba hacerlo, ver cómo el metal se fundía y se vertía sobre los moldes que le darían la forma adecuada, transformar ese rudo metal en bellas espadas y armas destinadas a proteger la aldea, a proteger a su familia.

La aldea estaba fortificada con murallas de barro y palos y los resguardaba no solo de las pocas tribus rivales, sino también de las inclemencias del clima. La agricultura y la ganadería eran las bases de la economía y la especialización en las labores hizo que poco a poco aparecieran diferencias sociales y jerarquías más marcadas. Siempre olía a sal y a humedad, algo que Velkan retuvo en la memoria tanto como la contemplación de la extensa masa de agua que era el mar. Allí eran felices y pasaban desapercibidos, como una familia más, nadie conocía ni

conocería las circunstancias de su llegada hasta la ciudad.

Velkan adoraba a su madre y respetaba a su padre, aunque con quien se sentía más unido era con su hermana pequeña Navia, ella le acompañaba en esos días difíciles en los que la sangre era necesaria y le ayudaba a cazar, ella guardaba su secreto y se mantenía fuerte a su lado, sin ningún atisbo de miedo. Hacía unos años que Velkan la había salvado de morir devorada por un lobo, aun a costa de su propia seguridad y mientras él se recuperaba de las graves heridas que el animal le propinó, ella no se apartó de su lecho y juró que nunca se separaría de él; durante el día del ataque, Navia dio a su hermano de beber la sangre del lobo negro, incluso le confeccionó una manta con su piel y lo cubrió con ella. Desde entonces eran inseparables y la chica lo seguía cuando se marchaba a sus incursiones por un bosque cercano. Velkan se había acostumbrado a tenerla cerca, descubriendo que no había ningún peligro para ella: era su familia.

Por el contrario, la situación con su hermano Clutos era más complicada, todo gracias a la chica que conversaba con su madre cuando Navia y él regresaron de unos trueques.

—Hola, Velkan.

La joven de edad similar a Clutos era demasiado insistente y aprovechaba cualquier excusa para colarse en su casa y verlo. Ya había sido rechazada en varias ocasiones, pero no se daba por vencida. La primera vez que le dijo a Velkan lo que sentía por él, el muchacho intentó explicarle con delicadeza que él no sentía lo mismo, aunque al parecer ella creyó presentir una ligera duda que le hizo mantener la esperanza, pero poco a poco Velkan tuvo que armarse de valor para que entendiera de una vez su negativa. Y allí estaba, junto a su madre, esperándolo. Velkan resopló e ignorándola atravesó la puerta de la choza y dejó las mercancías que traían sobre la mesa, allí descubrió a Clutos cabizbajo y con el ceño fruncido, Velkan le había dicho a su hermano de mil maneras que esa chica no le interesaba, que no lo hacía ninguna, que él tenía una oportunidad con ella, sin embargo, Clutos era demasiado inseguro para manifestarle a la joven sus sentimientos y la tomaba con su hermano, «¿cómo hacerle entender que su naturaleza le impedía tener una familia con esa chica o con otra?» Tampoco era que le preocupara mucho, no sentía nada por ella ni por ninguna.

—¿Qué has traído?

Clutos se acercó a ver el material que había conseguido Velkan y arrugó la nariz en gesto de desaprobación.

—Es la que pude conseguir.

—Esta arcilla no me sirve, es demasiado blanda.

Clutos era un gran alfarero, nunca le había interesado la forja del metal y prefería utilizar el torno.

—Mi padre puede conseguir una mejor —afirmó Relia.

La joven había entrado tras Velkan como un perrillo detrás de su amo. Ella pertenecía a una de las familias importantes en la aldea y eso le daba cierta comodidad y confianza en sí misma, normalmente conseguía lo que quería.

—No gracias, Relia, me apañaré con esto. —Clutos se alejó sin mirarla y Velkan frunció el ceño, su hermano siempre se enfadaba con él por causa de la joven, pero era incapaz de tener una conversación con ella, de aprovechar una oportunidad.

—Como quieras, pero no me costaría nada…

Clutos ya había traspasado la puerta de la choza, dejando entrar a Navia.

—Hola, Relia, ¿qué haces aquí? —Las dos jóvenes eran amigas y a Navia le extrañó verla dentro, aunque conocía sus inclinaciones hacia Velkan, todas las chicas de la aldea lo sabían.

—Bueno, yo… Venía a ver si Velkan querría asistir a las ofrendas y las celebraciones conmigo.

—Es verdad, ya empiezan las fiestas del dios de la Gran agua y de la Luna —dijo Navia aplaudiendo.

—Sí, qué ganas…

Velkan miró a Relia, «así que estaba allí por eso». Él no estaba tan ilusionado con las celebraciones, lo único que representaban eran más visitantes, más gente y más precaución, apenas se acercaba a los festines comunitarios y a las ofrendas en el templo, prefería dejar que la mayoría estuvieran ebrios y acercarse a los contadores de historias, sin embargo, hacía dos años que las chicas empezaban a interesarse en él y un apetito nuevo se había abierto durante esos días, por lo que había compartido intimidad con algunas de ellas, sobre todo mujeres de fuera de su aldea. Suponía que Relia estaba allí para asegurarse de que ese festival lo pasaba con ella y no con otra, aunque a él lo que menos le apetecía era involucrarse con una sola y en particular con Relia, no quería hacerle

daño.

—¿No vas a participar? —preguntó la joven algo desilusionada.

—No creo, no me gustan mucho las fiestas. Lo siento, es mejor que vayas con otro.

—Ya, claro. Entonces te veré en los actos a los que acudas.

—Oh, venga —interfirió Navia para romper la negativa de su hermano—, si al final estaremos todos con todos, lo pasaremos muy bien. —Y acercándose a Relia la tomó del brazo—. Vamos a tu casa, seguro que tienes vestidos nuevos preciosos.

—Sí, sí, te los enseñaré…

Y las dos chicas abandonaron la choza dejando a Velkan solo, Navia antes de irse le guiñó un ojo, cómplice, sabía que debía llevarse a Relia de allí, que incomodaba a su hermano y que debía hacerlo sin que la joven se sintiera ofendida, cosa que Velkan agradeció en silencio. Justo cuando se marcharon, Clutos volvió a entrar.

—Deberías haber aprovechado la ocasión para ir con ella.

—No es correcto escuchar conversaciones a escondidas, además eres tú el que debía haber aceptado su ayuda con lo de la arcilla —le reprochó Velkan.

—¿Por qué no vas con ella?

—Porque no estoy interesado al mismo nivel que lo está ella y no quiero hacerle daño. ¿Por qué no te decides tú a hacerlo?

—Porque yo no le intereso.

—Ni siquiera se lo has preguntado.

—Déjame en paz.

—No soy yo el que ha entrado aquí dando consejos de amor.

—Eres idiota —le insultó Clutos.

—Bueno, dejadlo ya. —Kara accedió a la choza—. ¿Qué os pasa ahora?

—Relia quiere ir a las celebraciones con Velkan y él le ha dicho que no

—explicó Clutos a su madre.

—Si tu hermano no quiere ir no tiene por qué hacerlo, es su decisión.

—Lo que tiene es miedo a que ella sepa que bebe sangre.

—¡Clutos, no digas algo así!

—Ya sé, madre, hay que ocultarlo y protegerlo. Siempre igual.

—También os protejo a vosotros —dijo Velkan.

Clutos no dijo nada más y se marchó con gesto de enfado, de frustración.

—Está molesto porque Relia te prefiere a ti —le dijo Kara a Velkan cuando este se fue.

—No lo entiendo, yo le digo que le hable de lo que siente, que intente de alguna manera estar con ella y, sin embargo, él se enfada conmigo.

—¿Por qué no lo intentas con la joven?

—¿Hablas en serio? —Velkan miró a su madre que arqueó una ceja—. Sí, hablas en serio.

Kara sonrió.

—Bueno, haz lo que veas, pero ten cuidado. No te faltarán mujeres con las que disfrutar si quieres.

Las celebraciones de los dioses se llevaron a cabo como de costumbre, eran rituales y costumbres establecidas de generaciones antiguas y nada había cambiado. Las ofrendas personales y comunitarias, los festines, la bebida, la música y las intimidades se sucedieron sin mayores problemas que alguna que otra pelea por embriaguez. El último día, ya cansado del ajetreo, Velkan sintió su sed y se alejó del barullo adentrándose en el bosque para cazar, la sangre de conejo siempre le resultó suave y cuando la consiguió, la vertió en un cueco que siempre llevaba consigo y se tumbó con los brazos detrás de la cabeza en una pequeña explanada a observar las estrellas, entonces, un ruido de pasos le obligó a desviar la mirada, su hermana lo había seguido.

—Te vi marcharte —le dijo Navia acuclillándose a su lado.

—¿Por qué no sigues en la fiesta? —le preguntó él.

—Ya no hay nada nuevo ni interesante. —Navia introdujo la mano en las tripas del animal muerto que Velkan tenía a sus pies—. Coge mi mano, voy a crear una unión mágica.

—¿Una qué?

—Haz lo que te digo, es la noche perfecta y no hay nadie por aquí. —Velkan se rio con ganas—. No te rías de mí. Llevo tiempo pensándolo. Una de las mujeres viajeras del norte me habló de una forma de hacerlo y quiero probarlo, aunque ella me dijo que era para el amor, pero bueno, seguro que servirá igual.

La joven le tendió la mano cubierta por la sangre de las entrañas del animal, Velkan obedeció y la aferró con fuerza, no le costaba nada hacerla feliz. La noche era oscura, sin luna, una noche de esas en las que la necesidad oscurecía también los ojos del joven, una noche idéntica a la que le había visto nacer, una noche de lobo negro y su hermana estaba junto a él decidida a establecer un vínculo de sangre eterno.

—No es necesario hacer esto —le dijo él.

—Es la mejor forma, así mi juramento será para siempre, la luna negra es testigo y mi juez si te fallo. —Navia carraspeó e inició su promesa—. Te juro que desde esta noche hasta mi muerte te protegeré, te alimentaré, te querré y viviré a tu lado. Y no solo yo quedo ligada por este compromiso, sino también quedan vinculados a él mis descendientes futuros y los descendientes de mis descendientes si fuera necesario.

—No creo que viva tanto tiempo.

—Por si fuera el caso… No quiero cabos sueltos.

—Te das cuenta de que este juramento morirá cuando lo hagamos nosotros, ¿no?

—¡No me quites la ilusión!

—De acuerdo, haz lo que quieras.

Navia sonrió se hizo un rasguño en su mano y otro en la de Velkan y volvió a unirlas, cerrando el vínculo de sangre.

—Este juramento queda entre nosotros, nadie debe saber de él.

—¿Ni madre? —preguntó Velkan, nunca le había ocultado nada a su

madre.

—No, es algo personal. Prométemelo.

—Haré algo más… Si de algún modo tus descendientes tuvieran que cuidar de mí, te juro que yo también los protegeré a ellos, aun a costa de mi propia vida, serán para mí como tú o como madre. Serán mi prioridad y nunca los abandonaré.

Navia, feliz, abrazó a su hermano sentía que había hecho algo mágico entre los dos. Se tumbó a su lado y ambos contemplaron el despejado cielo de su hogar, oyendo a lo lejos el sonido imperturbable del mar.

Los días siguientes ninguno de los dos habló de lo ocurrido esa noche, guardaron su secreto como habían jurado, pero en su interior se sentían más unidos que antes. Sin embargo, hubo un hecho que les hizo olvidar por un momento su felicidad: Atoral enfermó de repente, unas fuertes fiebres empezaron a mellar su fortaleza, una extraña enfermedad traída tal vez por los nómadas durante los festejos. La debilidad del hombre crecía por días y ninguno de los curanderos era capaz de averiguar y solucionar su dolencia.

—Velkan.

Atoral buscó a su hijo mayor, que esa noche hacía guardia junto a su lecho. Cada día le tocaba a un miembro de la familia, no querían que muriera solo mientras ellos dormían.

—Estoy aquí. —Velkan se acercó a su campo de visión.

—Júrame que cuidarás de madre y de tus hermanos por mí.

—Padre, por favor, te vas a poner bien.

Pero los dos sabían que el fin estaba cerca.

—Solo quiero que sepas que he sido muy feliz con tu madre y con vosotros, que no me arrepiento de nada y que siempre os querré. Tienes que prometerme que continuaréis con vuestras vidas y que no permitirás que tu madre se hunda en el dolor.

—Es una mujer fuerte.

—Lo sé, pero su fuerza es su familia.

—Cuidaré de todos, te lo juro.

Atoral alargó los brazos y abrazó a su hijo, conocía su nobleza, su sinceridad y su lealtad, sabía que conseguiría todo lo que se propusiera. El hombre se durmió en los brazos de Velkan con una sonrisa en la boca, él no se movió cuando su madre se sentó a su lado en las pieles del suelo. Velkan estaba pensativo.

—Madre, ¿quién es mi verdadero padre?

—No lo sé, ocurrió siendo yo muy joven. Un año tuvimos visitantes en la aldea en la que naciste, recuerdo que siempre vivimos unas cuantas personas y esa estación cálida éramos más de sesenta. Entonces era normal que grupos grandes de tribus viajeras y cazadoras pasaran una temporada en sitios distintos, no solo en épocas de celebraciones como ahora; eran momentos de descubrir, de aprender unos de otros y de relacionarnos, después de que ellos se marcharan a otro lugar me di cuenta de que estaba embarazada y me uní a él. —Kara miró a su compañero dormido—. Fue lo mejor que pude hacer, hemos sido muy felices.

—¿Alguno de esos cazadores…?

—¿Eran como tú? —Velkan asintió—. No lo sé, yo nunca noté nada extraño en ninguno ni nadie lo hizo. Quizás solo sea un problema tuyo, a lo mejor la mezcla de tanta gente te afectó o los dioses decidieron que fueras especial. Supongo que no lo sabremos nunca.

—¿Por qué abandonasteis la aldea? —Era la primera vez que Velkan preguntaba por esas cosas a su madre.

—Éramos muy pocos viviendo juntos, pero teníamos también una curandera. Aunque no había ni templos ni sacerdotes, ella conocía los detalles de la religión. Desde que naciste sospechó de tu naturaleza y con los días comprendió lo que te ocurría. Un día vino a verme y me exigió que te entregara para un sacrificio, me dijo que los niños como tú debían morir por el bien de la tribu. No pude hacerlo y tu padre y yo decidimos huir, pero ella se imaginó que yo te protegería y nos esperó en el bosque, forcejeamos y tuvimos que matarla para protegernos.

—Debió ser duro.

—La verdad es que no, no me arrepiento de nada, hubiera hecho cualquier cosa por ti.

—Supongo que os debo la vida. ¿Qué sentiste cuando me viste beber sangre por primera vez?

—Amor, era lo único que sentía al mirarte y es lo que sigo sintiendo.

—Kara abrazó a su hijo—. Estamos muy orgullosos de ti.

No hizo falta decir nada más, los sentimientos estaban claros. Los dos se quedaron allí, junto a Atoral, velando su sueño, sabían que siempre estarían unidos, aun si el hombre no superaba la enfermedad, estaría con ellos.

Unos días después la debilidad y las fiebres acabaron con la resistencia de Atoral, pero murió feliz y rodeado de su compañera y sus hijos. Fue enterrado en la necrópolis de la aldea, acompañado por su familia y gran parte de sus paisanos y amigos, había conseguido ser aceptado, respetado y amado en ese lugar que él eligió junto a la gran agua.

—Es la mejor elección, hijo.

Velkan ayudaba a su madre a extraer las semillas de las vainas de verduras cuando ella le explicó lo que pensaba. Hacía más de un año que Atoral había muerto y Kara intentaba hacer entender a Velkan que su unión con Relia iba a resolver cualquier problema de futuro, su familia era una de las más acomodadas de la aldea y siempre podrían proteger a Velkan. La joven seguía muy interesada en él y había conseguido que su padre fuera a hablar con Kara para que la aceptara.

—Madre, no quiero unirme a nadie.

—¿Vas a estar siempre solo? ¿Qué pasará cuando yo falte?

—Sé cuidarme.

—Míralo de otra manera… esa unión asegurará tu futuro y el de tus hermanos, el de nuestra familia. Es lo que tu padre habría deseado.

—Lo echo de menos.

—Yo también, pero ahora debemos pensar en tu bienestar, es lo único que me preocupa.

Para Velkan, que nunca había ido más allá de compartir el placer con una mujer en una festividad, suponía un esfuerzo pensar en una unión con una, tenía miedo de que pudiera descubrir su secreto y no tenía necesidad de pasar por eso.

—Podría ser Clutos quien se uniera, él está enamorado de Relia.

—Pero ella te quiere a ti y debemos aprovecharlo, tú no tienes interés en

ninguna otra, eso lo facilita.

—¿Y Clutos?

—Se le pasará, hay más mujeres. Él no es como tú.

—¿A qué te refieres?

—Aunque él se uniera a Relia no miraría por la familia, no tiene con nosotros el mismo vínculo que tú, para él no somos lo primero. Su prioridad es él mismo, la tuya somos tu hermana y yo.

—No quiero hacerle daño.

—Y no lo harás, la decisión es de Relia. —Velkan lanzó un suspiro de resignación, Kara lo notó—. Prométeme que lo pensarás.

El joven asintió, en el fondo entendía las razones de su madre, su miedo a que se quedara solo.

El resto del día se ocupó en la forja, trabajar el bronce lo relajaba, le permitía pensar y le recordaba a su padre, ¿cuál habría sido su consejo? No lo dudaba: el mismo que el de su madre, solo quedaba conocer la opinión de su hermana. Como si hubiera leído sus pensamientos, Navia se acercó hasta él.

—¿Qué ha pasado?

—Madre quiere que me una a Relia.

—Estaría muy bien.

—Dice que no quiere que me quede solo y que la familia de Relia asegurará a la nuestra.

—Se preocupa por ti, aunque nunca estarás solo, yo siempre estaré contigo.

Navia y Velkan se miraron, los dos recordaron aquella noche oscura en la que ella le había hecho aquel juramento.

—Quizás sea la mejor opción, así dejaréis de preocuparos por mí —dijo Velkan, los dos sonrieron—, voy a aceptarlo, hablaré con Relia, quizás haya cambiado de opinión.

—No lo creo, ayer mismo me preguntaba por ti muy emocionada.

—Y tú qué me cuentas de Sosian, os he visto juntos muchas veces, ¿sigue acompañándote al mercado? —preguntó Velkan a su hermana.

Navia le sacó la lengua, Velkan sabía que su hermana sentía cierta inclinación por ese joven y él por ella, el muchacho era honesto, trabajador y bastante agradable a la vista, la hacía reír y eso le gustaba a Velkan, solo quería que ella fuera feliz. La vida iba siguiendo su curso, ya no eran unos críos y poco a poco cada uno tendría su lugar y su propia familia, era ley de vida.

La mañana en la forja estaba siendo agotadora, Velkan tenía más calor que de costumbre y el arreglo de siete espadas no era precisamente fácil. Había aceptado hacía dos días el compromiso con Relia y ella ya quería empezar las negociaciones nupciales entre las familias, aunque no parecía que fueran a poner las cosas difíciles. La joven estaba más que feliz y deseosa de que todo se llevara a cabo y su padre le había prometido encargarse de prepararlo todo.

Clutos entró casi corriendo en la pequeña fundición de su hermano y agarrando a Velkan del brazo lo giró hacia él con brusquedad.

—¿Es verdad? ¿Te vas a unir a Relia?

Velkan observó su enfado, al parecer las noticias corrían rápido. Su madre le había pedido que la dejara a ella hablar con Clutos y por lo que entendía de su reacción, ya lo había hecho.

—Eso parece, ella me ha aceptado.

—¿Cómo has podido hacerme esto sabiendo lo que siento por ella?

Velkan estaba harto de los vaivenes sentimentales de su hermano, un tira y afloja que no tenía fin y que acababa arrastrándolos a todos. Iba siendo hora de que eso acabara y por esa razón también se alegraba de haber aceptado la unión.

—No tienes motivos para enfadarte, nunca te has atrevido a decirle nada, nunca lo habrías hecho.

—Porque no me habría aceptado.

—Entonces qué más te da, mi unión será un seguro para la familia.

Clutos lo miró de arriba abajo, era cierto que nunca le había dicho nada a Relia, pero porque sabía que no tenía posibilidades contra él, contra su personalidad arrolladora, su fuerza, contra su poder sobre quienes lo

rodeaban y no solo Relia, también su madre, su hermana y su difunto padre adoraban a Velkan por encima de todo, ¿qué podía esperar él? Solo era un simple alfarero sin ningún encanto especial. Debía hacer algo con su vida y desde luego no era depender de su hermano.

—No para mí, no quiero nada que venga de tus manos.

—Vives amargado, nada te viene bien, nada te motiva o te gusta. Deberías empezar a apreciar la vida como viene, adaptarte, no todo es malo.

—¿Y a ti qué más te da? —le cuestionó Clutos casi gritando.

—Eres mi hermano y te quiero, si hago esto es pensando en todos vosotros.

—Haz lo que quieras, pero nunca podrás ser feliz, nunca… —Clutos iba a decir otra cosa, iba a decirle que era un monstruo, un demonio de sangre, una aberración, aunque prefirió callar.

Clutos se marchó casi corriendo, no quería seguir mirando a su hermano a los ojos, nunca se entenderían. Llevaba un tiempo frecuentando el templo y aprendiendo de los sacerdotes, sus creencias, sus ritos, sus antiguas leyendas e historias, incluso estaba rondando por su cabeza la idea de entrar en él como acólito, igual era el momento de hacerlo. Algo había cambiado en su forma de ver las cosas y sobre todo de ver a su hermano, siempre había comprendido que era diferente, que su necesidad de sangre era algo especial que lo hacía distinto, que la gente no entendería su naturaleza y que había que protegerlo. Pero en el templo le hablaban de ancestrales demonios bebedores de sangre, de niños que nacían malditos y debían sacrificarse en honor a los dioses. Ahora entendía que su madre había desobedecido los mandatos para salvar a Velkan, a pesar de todo era su hermano, no lo traicionaría… Sentimientos encontrados rondaban por su mente, era mejor alejarse, todo había cambiado con la unión de Velkan y Relia… Sí, el templo sería su refugio.

Relia organizó todo en poco tiempo, tenía unas ganas locas de estar con Velkan, después de todas las veces que se había sentido rechazada por fin su insistencia se veía recompensada. Ella era una joven bonita y esbelta nunca había tenido problemas en despertar el interés en los hombres e incluso algunos le habían propuesto la unión, hombres de familias más importantes, pero ella solo quería a Velkan y a pesar de la jerarquía social de los otros, su padre aceptó complacerla. El vestido de fino lino crudo que adornaba su cuerpo y el intrincado peinado en el que habían recogido su largo cabello castaño eran lo más hermoso que iba a llevar en su vida y

estaba deseando que él la viera así.

La unión se llevó a cabo en el templo, delante de un altar al aire libre y decorado con guirnaldas y flores, Relia estaba radiante y observaba a su futuro compañero que llevaba un conjunto nupcial que había elaborado Navia y que le quedaba a la perfección. La joven a partir de ese instante estuvo como en las nubes, todo era un ensueño, ni el festín de después, ni el baile y el festejo, ni las felicitaciones de todos los presentes consiguieron sacarla de esa sensación. Solo cuando estuvo sola con Velkan en la alcoba que había preparado en el nuevo hogar de los dos, regalo de su padre, se dio realmente cuenta de que ya estaban juntos de verdad.

Velkan se quitó las ropas de fiesta que llevaba y le tendió la mano a su compañera. Relia la tomó algo temblorosa, más por el deseo que por el miedo y se aproximó a él, apoyando sus manos en su pecho y rodeándolo después con los brazos para recibir su primer beso de intimidad. Velkan introdujo su lengua en la boca de la joven y la hizo estremecerse, sintiendo su necesidad, una necesidad que poco a poco iba despertando su propio deseo, Relia era hermosa, muy hermosa, él sabía que muchos hombres habían intentado ser sus compañeros, pero ella los había rechazado a todos y ahora buscaba entre sus brazos aquello que tanto anhelaba.

—Estoy lista para ti —le dijo Relia con un hilillo de voz.

—Lo sé.

Velkan la alzó, dejando que sus piernas lo rodearan y la condujo hasta el lecho, sabía lo que hacer, ya lo había hecho con otras mujeres. La despojó de su vestido y la dejó desnuda sobre la cama mientras él se situaba encima de ella, desde esa posición empezó el asalto a su cuerpo, besando y lamiendo su cuello y bajando hasta sus senos, haciendo que la joven se arquease a su encuentro, tenía prisa por sentirlo y Velkan siguió descendiendo para comprobar por él mismo su urgencia. No se equivocaba, la encontró completamente húmeda cuando utilizó sus dedos para acariciarla, escuchando unos gemidos que acompañaban sus movimientos. Pronto cambió los dedos por la lengua y jugó con ella, con su paciencia, con sus sentidos a flor de piel.

—Todo el día me he pasado deseando que esto llegara —le susurraba Relia agarrándolo del pelo, sin ni siquiera saber cómo podía hablar e impidiendo que él dejara de lamerla. Eso era la intimidad de la que sus amigas le hablaban.

—Cuando lo desees entro en ti.

—Ya. —Relia alzó la mirada, apremiándolo y Velkan sonrió abandonando su lugar para apoyarse en el lecho y avanzar en su interior—. ¡Ay!

Relia se retiró levemente de su presión y Velkan se dio cuenta de que aún no había estado con ningún hombre, de que él era el primero.

—¿Es la primera vez? —le preguntó volviendo a besarla.

—Sí.

—Entonces quizás te duela.

Relia asintió, pero no se separó de él, intentando guiarlo. Velkan volvió a empujar, esa vez con más calma y observó cómo la joven apretaba los ojos y se mordía el labio, aguantando. Paró sus avances.

—Haremos una cosa, colócate encima de mí y así cuando te moleste puedes reducir el movimiento.

—De acuerdo.

Relia salió de debajo de él y se situó a horcajadas, sin saber muy bien cómo actuar.

—Debes introducirlo tú, guíame —le explicó él.

Ella se rio, avergonzada y agarró su miembro para introducirlo lentamente en su interior, palpando su textura, su calor y su dureza, acariciándolo a la vez, gesto que hizo que Velkan cerrase los ojos con un suspiro. Poco a poco ella inició el descenso sobre él y a pesar de la punzada de dolor que iba sintiendo se deslizó hasta que pudo soportarlo.

—Ya casi lo he conseguido, no pensé que fuera tan complicado.

—Debes moverte —dijo él empezando a sentirla a su alrededor.

—¿Moverme?

—Hacer que yo entré y salga de ti.

Relia se elevó ligeramente, volviendo a descender esa vez algo más rápido y notando de nuevo la punzada, aunque con menor intensidad. Velkan la agarró de las caderas y se acompasó a su ritmo, ella repitió el movimiento cada vez más placentero y aceleró el ritmo echando la cabeza hacia atrás disfrutando de las nuevas sensaciones. En unas cuantas embestidas más él entró completamente en ella y los dos se movieron con mayor velocidad; Velkan la alzó y volvió a colocarla debajo de él, ahora podía controlar el coito sin tanto cuidado. Relia se aferró a su trasero mientras

se abría a su compañero y apretaba las piernas a su alrededor, el dolor había cesado y se sentía llena por completo. Unos instantes después, ella sintió una potente oleada de placer en su interior y un estremecimiento general que la recorrió, acompañada de un fuerte gemido pronunciando su nombre.

—Bésame. —Relia atrapó la cara de Velkan y lo besó apasionadamente notando cómo él culminaba en su interior.

Cuando salió de ella, Relia sintió un vacío, se negaba a dejarle ir y todavía no se sentía saciada, llevaba demasiado tiempo esperándolo. Sin pedir permiso y sin saber si hacía bien empezó a acariciar suavemente su miembro como había hecho antes, despertando de nuevo las sensaciones en Velkan y este se dejó llevar, sonriendo. La noche apenas había comenzado y ella estaba dispuesta a sentirlo todo.

Después de la intimidad, la pareja descansaba en el lecho, Relia acariciaba el pecho de Velkan.

—Nunca me hubiera imaginado que todavía fueras virgen —le dijo él mientras aceptaba sus caricias.

—Me reservaba para ti.

Velkan rio, estaba algo cansado, pero saciado.

—¿Y si no me hubiera unido a ti?

—Eres inteligente y sabías que yo era tu mejor opción.

—Eso no ha sonado muy romántico que digamos.

—Te quiero y con eso me vale y tú aprenderás a amarme también.

Él la besó en la frente, empezaba a tomarle cariño y a comprender verdaderamente el amor que ella le profesaba, hasta el punto de no haber disfrutado en ninguna de las celebraciones de ningún otro hombre, ahora entendía la insistencia de ella para ir con él a los festejos, debía estar deseando compartir intimidad. Pero, aun así, Relia comprendía que su unión era más beneficiosa para él que para ella, que ella aportaba mucha más nobleza y como decía: pensando con la cabeza era la opción más lógica, sin embargo, a Relia no parecía molestarle en absoluto, mejor eso que nada, por lo menos tenía a su hombre.

—¿Podemos hablar?

Navia se acercó a su hermano que se afanaba puliendo un cuchillo. Llevaba unido a Relia casi un año y la vida parecía irle bien, todos estaban contentos.

—Claro, entra. —Velkan, dejó lo que hacía y se acercó a darle un beso en la mejilla—. ¿Algún problema?

—Sosian se va.

—¿Cómo que se va?

—Se marcha de la aldea con sus compañeros, al parecer viajan hacia al norte en busca de no sé qué manadas, dicen que son las últimas.

—Los cazadores tienen que moverse, es su forma de vida y ya no queda mucho de esas antiguas cacerías, algunas incluso son leyendas, los tiempos han cambiado no hay nada salvaje que cazar. Ahora los animales se cuidan y crían, no hay necesidad de ese tipo de carne para comer.

—Me ha pedido que vaya con él, que buscarán alguna aldea cerca de esas zonas para establecerse.

—Eso significa que te quiere.

—Le he dicho que no.

Velkan la miró sorprendido, sin entender su decisión, sabía que el amor que Navia sentía por Sosian era fuerte.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—Sí, nunca me alejaré de vosotros, de ti. Y no puedo obligarle a quedarse. Si para él es importante y parte de sus sueños ir en busca de manadas perdidas, para mí lo es estar con mi familia.

—¿Qué ha dicho él?

—Cada uno seguiremos nuestro camino.

—Si es lo que deseáis.

—Ninguno sería feliz de otra manera. Acabaríamos reprochándonos cualquier otra decisión, él me culparía de su vida lejos de la caza y yo haría lo mismo si me alejara de vosotros. Es lo correcto.

—¿Estarás bien?

Navia asintió y sonrió a su hermano, quería a Sosian, pero no lo suficiente como para abandonar su vida allí.

—¿Y tú? ¿Cómo va la vida con tu compañera?

—Bien, es más cómodo de lo que pensé al principio. Ella está pendiente de mí en todo momento, quizás demasiado…

—¿Pero…?

—¿Cómo sabes que hay un pero?

—Te conozco y he visto esa expresión de duda en tus ojos.

—No es duda, hasta creo que me alegro, sin embargo, Relia no.

—¿Cuál es el problema?

—Quiere tener un hijo, pero no queda en cinta.

—Y tú no quieres.

—No es algo que me preocupe, incluso diría que prefiero no tenerlos. No sé qué podría pasar y si nacen como yo, ¿qué le diría a Relia? Por ahora no le he hablado de mi necesidad y si puedo evitarlo nunca lo haré

—No tienen por qué salir a ti, mira Clutos y yo…

—Nuestro padre no era el mismo ¿y si yo he heredado esto de él y si lo heredan mis hijos?, mejor así…

—Pero Relia seguirá queriendo niños, ¿o acaso la evitas en el lecho?

—No, nos unimos muy a menudo.

—Entonces igual no podéis tener descendencia.

—Ojalá.

—Has estado con otras mujeres y ninguna ha tenido hijos tuyos, igual el problema eres tú.

—¿Cómo sabes que no hay críos míos?

—Porque nadie tiene tus ojos.

—Ya… bueno, si eso es cierto, me alegro de no poder tener hijos.

—¿Seguro?

—Sí, seguro, no lo deseo en absoluto.

—Lo que tú digas.

—¿Cómo le va a Clutos de acólito? —preguntó Velkan a su hermana para cambiar de tema.

—Parece que bien, deberías verlo con el pelo rapado y esas túnicas doradas.

Hacía casi un año que Clutos había decidido entrar en el templo, pero hasta esa misma semana no iba a ser nombrado acólito de uno de los sacerdotes. Desde que se metió en los asuntos religiosos, Velkan no había hablado con él, su unión con Relia los separó más de lo esperado y que los nuevos adeptos se mantuvieran un tiempo alejados del mundo tampoco ayudó.

—Me alegro.

—Deberíais intentar arreglar vuestras desavenencias, a madre le gustaría mucho.

—Mi puerta está abierta para él, pero no quiere entrar.

—Sabemos quién es el culpable, sin embargo, sois hermanos.

—Ya lo sé.

—Y ahora como acólito podrá salir más y visitar a su familia… —Navia se dio cuenta de que su hermano fruncía el ceño y se quedaba algo pensativo, era mejor dejarlo así—. Bueno yo me voy, he prometido acompañar a Relia al mercado, quiere que le elija unos linos.

Velkan se despidió de su hermana, ciertamente no parecía muy afectada por la marcha de Sosian, al fin y al cabo, era su decisión. Navia no necesitaba un hombre a su lado, no necesitaba una nueva familia y le gustaba ser libre para hacer con su vida lo que quisiera.

Unos días después los jóvenes cazadores se marcharon en busca de un imposible y Navia se mudó a vivir con su madre, no quería que estuviera

sola, desde la muerte de Atoral y la unión de Velkan se la veía más triste, estarían bien juntas de nuevo, su estancia con Sosian fue temporal. De todas formas, Velkan aprovechaba cualquier momento para ir a verlas y Relia también pasaba tiempo allí para complacer a su compañero.

Un par de conejos se asaban sobre las brasas del fuego del hogar, Kara los rociaba con agua y especias a menudo para darles sabor, haciendo que un aroma delicioso impregnara el ambiente. Clutos giraba el cuenco en el que bebía una de las bebidas fermentadas que fabricaba su madre moviendo el líquido sin levantar la vista, llevaba mucho tiempo sin compartir una comida con su familia y aceptó la invitación de su madre, aunque eso significara sentarse con su hermano. Poco a poco iba aceptando su situación y entendiendo su lugar en el mundo, la unión de Relia y Velkan había pasado a un segundo lugar y la naturaleza de su hermano ya no era su problema, se había quitado un peso de encima, el templo le daba esa ventaja, no debía pensar ni actuar por él mismo, todo estaba reglado. Esa noche Kara había conseguido que todos sus hijos estuvieran sentados allí, cenando en familia. Velkan y Clutos había recobrado la cordialidad, aunque con cierto grado de frialdad, pero estaban juntos. Relia también estaba allí.

—Estoy en cinta —soltó Navia sin avisar.

Clutos levantó la vista del cuenco y miró a su hermana. Su madre y su hermano también lo hacían.

—Eso es maravilloso, un niño pequeño, ¡qué alegría! —dijo Kara abrazando a su hija, la noticia la había tomado por sorpresa y tener un nieto era un deseo que guardaba desde que Velkan se había unido.

—Tuvo que ser de las últimas veces que estuve con Sosian antes de marcharse.

Velkan sonreía mirando a su hermana, no quería un hijo, sin embargo, un sobrino…

—Me alegro muchísimo —le dijo Velkan tomándola de la mano—, estamos contigo en esto.

—Felicidades, serás una gran madre —afirmó Clutos sin mucho entusiasmo para él su nueva familia eran sus compañeros del templo.

Relia permaneció callada un momento y luego se levantó para abrazarla también. Era una noticia feliz, pero ella hubiera querido ser la primera en darla.

El embarazo de Navia fue controlado desde el primer momento por Kara y sobre todo por Velkan que le impedía hacer cualquier esfuerzo innecesario y que, por supuesto, le prohibió ir con él a sus incursiones secretas al bosque, cosa que Navia recibió con el ceño fruncido. En esos meses la joven se dedicó al telar y confeccionó una gran variedad de ropas y mantas que servirían para los trueques; la molienda del grano y las labores más pesadas las efectuaba una sirvienta que Relia les mandaba de vez en cuando, ya que Kara también estaba mayor, y se dedicaba casi siempre a hacer la comida y llevar el hogar.

Los días empezaban temprano en la aldea, Relia se acercó al templo antes de dirigirse a ver a Navia. La joven ya estaba en avanzado estado de gestación y sus movimientos se limitaban debido a su tamaño y Relia había tomado por costumbre ayudarla en sus quehaceres, esperaban el momento con ansiedad. Cuando llegó al templo se dirigió hacia la sala de sacrificios, allí la recibió Clutos, acompañándola al altar.

—¿Para qué es la ofrenda? —le preguntó su cuñado.

Ella bajó la vista, últimamente visitaba el lugar más a menudo, la noticia del embarazo de Navia la había hecho plantearse el deseo de serlo ella y los dioses la ayudarían, Clutos era de gran apoyo, su relación había cambiado y él se preocupaba por la compañera de su hermano, incluso hablaba bien de él, su posición como futuro sacerdote lo calmó.

—Para la diosa de la fertilidad. Deseo que todo le vaya bien a Navia cuando llegue el momento.

—Pareces algo preocupada. ¿Solo es por Navia?

Relia lo miró, al fin y al cabo, era un sacerdote y entendería sus pensamientos.

—La verdad es que me da algo de envidia, yo también quisiera ser madre, pero los dioses parecen no escucharme.

—Igual es mejor así —dijo Clutos en un susurro.

—¿Qué? No te he escuchado.

Clutos negó con la cabeza, no podía decirle la clase de naturaleza que tenía su hermano y que ante eso era mejor evitar la descendencia, aunque quizás los dioses eran sabios y por eso lo impedían. Solo lo lamentaba por Relia, ella sí merecía ser madre.

—Tal vez deberías pensar en algún otro tipo de ritual, algo especial, más íntimo.

—¿Hay algo así?

—Se pueden realizar rituales de fecundidad privados, puedes traer a Velkan aquí.

—No creo que quiera.

—O se pueden realizar con el propio templo.

Relia arrugó la nariz frunciendo los ojos, no sabía si había entendido bien, él le ofrecía sustituir a Velkan en una ofrenda religiosa.

—¿Te refieres a un sacerdote?

—En esos momentos no serían hombre y mujer, sino algo sagrado, una entrega a la diosa.

Relia comprendió que era una opción, pero lo consideró demasiado pronto.

—No, aún soy joven, prefiero seguir con mis oraciones. Además, no creo que tu hermano lo consintiera.

—Supongo, aunque a él parece no importarle mucho tener hijos.

—De todas formas, ahora habrá un niño en la familia, tu hermana ya está a punto de parir.

—Entonces te acompañaré en tus plegarias. Yo también pediré a los dioses para que todo salga bien.

Los dos se arrodillaron delante del relieve de la diosa y extendieron las flores a su alrededor, cada uno sumido en sus propios pensamientos y deseos que no revelarían.

Fue un alumbramiento complicado, de muchas horas, la partera y las mujeres de la familia entraban y salían cargando agua caliente, linos limpios y algunas hierbas protectoras para paliar el dolor de la futura madre, pero al final todo salió bien, tanto Navia como el niño sobrevivieron. En aquella época era normal que los fallecimientos en el parto se sucedieran y el agotamiento de Navia preocupaba a Kara, los primeros días apenas permitió que se moviera y la alimentaba a base de caldos, cuidándola también cuando amamantaba al bebé, sin embargo, al

cabo de unos días empezó a recuperar fuerzas. Traian vino al mundo en una noche de verano. Nació rodeado de su familia, su tío lo tomó en sus brazos nada más salir de su madre y después se lo entregó para que lo limpiaran y comiera. Velkan miró a su madre y esta hizo un gesto de negación con la cabeza, el parto y el bebé eran completamente normales, no había nacido como él, no había probado la sangre, eso lo tranquilizó, no deseaba esa vida para su sobrino. El instante que lo tuvo en sus brazos, el niño despertó en él un sentimiento nuevo, un fuerte sentimiento de protección, un vínculo de sangre que los uniría para siempre.

Capítulo 5

CAPÍTULO 4

»Velkan y Navia se encontraban tumbados sobre el suelo húmedo del bosque cercano a la aldea, en la espesura. Velkan necesitaba beber y su hermana lo acompañó. Hacía unos años que sus labores con el telar y sus deberes como madre la ocupaban gran parte del día, por suerte Kara la ayudaba con el niño, sin embargo, Navia echaba de menos esas incursiones con su hermano. Desde que él se había unido a Relia todo se había vuelto más secreto, había que tener más cuidado, era difícil mantener la libertad de antes y su compañera buscaba cualquier excusa para estar cerca de Velkan, incluso cuando él trabajaba aparecía a su lado sin dudarlo haciendo que frunciera el ceño y le reprochara que se pusiera en peligro en la forja. Relia siempre insistía en que cambiara de oficio, que su padre podría ayudarlo a entrar en la élite de la aldea, a dirigirla junto a él, que sería un gran líder, pero a Velkan le gustaba trabajar el metal, era lo que Atoral le había enseñado y amaba esos momentos igual que su padre antes que él.

—¿Entonces a pesar de los años sigue pegada a ti? —le preguntó Navia.

—Constantemente, es como si temiera que fuera a desaparecer.

—Supongo que no solo te ama, sino que también se ha obsesionado un poco.

—No creo que le haya dado motivos de preocupación, la verdad es que a veces me siento agobiado. Ya extrañaba estos ratos contigo.

—Y yo, aunque nos vemos muchas veces no es lo mismo.

—Me encanta estar con Traian y jugar con él, me dice que le enseñe ya a forjar.

—Esta noche quería acompañarnos, está creciendo rápido y ya quiere involucrarse. Te admira mucho, para él eres como su padre. Siempre pienso que quizás ese juramento que hicimos hace tiempo le afecta desde que nació.

—Eso son tonterías, me quiere porque soy su tío y me admira porque soy diferente a los otros, de algún modo se siente parte de algo especial.

Navia bajó la cabeza hacia el cuenco lleno de sangre que tenía entre las manos, le gustaba preparársela a Velkan. Traian desde pequeño había

conocido el secreto de su tío y era capaz de entenderlo igual que siempre lo había hecho ella y eso la tranquilizaba porque era lo que quería: que su hijo siempre estuviera al lado de Velkan, que entendiera su juramento.

—Toma bebe o se nos hará demasiado tarde y tu compañera te echará en falta.

Velkan sonrió mientras bebía, era verdad que a Relia no le gustaba dormir sola. Observó cómo su hermana recibía de nuevo el cuenco ya vacío y se lo acercaba a los labios, era una manía que tenía desde niña, no bebía, pero así de alguna manera compartía el ritual con él.

El rato pasado con Navia le había servido para evadirse de su rutina diaria, aunque su compañera siempre le reprochaba el que pasara más tiempo de la cuenta con su hermana o su sobrino. Relia deseaba tener un hijo, pero parecía que eso no iba a pasar, de todas formas, a Velkan no le importaban los ligeros celos de su compañera. Posiblemente ya estaría esperándole nerviosa, lo que no imaginó era encontrarla por una de las calles cercanas a su hogar.

—¿Qué haces sola a estas horas? ¿No habrás salido a buscarme? Te dije que iba a estar un par de horas con mi familia.

—Lo sé y no te estoy buscando —contestó ella algo molesta por sus reproches—. Vengo de visitar a mi padre.

—¿Tan tarde? —Velkan la vio dudar y bajar la vista.

—Fui a… a ver si necesitaba algo para mañana, ha… ha estado ocupado con unas transacciones comerciales con una aldea vecina.

—Ya veo. —Se acercó a ella y la abrazó—, pero no deberías ir sola, la próxima vez que te acompañe alguien.

Relia asintió, aferrándose a su compañero. Lo amaba más que a nada, nunca se imaginó que querría a alguien así, pero para él lo más importante era su familia, si al menos pudiera darle un hijo la cosa cambiaría, si él se diera cuenta de que solo ella lo adoraba, si pudiera separarlo de su hermana, aunque quizás esa no era la solución. Llegaron a su casa y se metieron en su gran lecho, Relia había rodeado a Velkan de todos los lujos que podía permitirse, pero él seguía ignorando cualquier regalo o intento de adularlo, no le importaba el poder ni la riqueza, se lo había dejado muy claro. Relia se desnudó y se acurrucó contra la piel de su compañero y empezó a acariciarle, esa noche tenía necesidad de él, de sentirlo dentro de ella, de completarse con su compañero. Velkan lo notó y colocándose sobre ella se introdujo despacio sintiéndola completamente

entregada y haciéndola de nuevo gritar su nombre.

Aún era noche cerrada cuando unos ruidos de la calle despertaron a Velkan, abrió los ojos despacio acostumbrándose al barullo, se concentró en algunos gritos y en el sonido de pasos; unas voces suplicando, una voz… la voz de su hermana. Sin apenas tiempo de ponerse nada más que unos pantalones, salió corriendo hacia la calle siguiendo el ruido de las voces, para encontrarse con que llevaban apresada a su hermana y la conducían al templo, ante los sacerdotes. Un nudo de nervios amenazó la estabilidad de su estómago y aceleró los latidos de su corazón. Aumentó la velocidad para intentar acercarse a ella, consiguió rozarle el brazo y ella lo miró, agradecida por verle, pero al llegar a su lado uno de los guardianes se lo impidió, dándole un empujón y alejándolo. Velkan contó cuatro hombres rodeando a Navia, le sería imposible aproximarse más, así que decidió continuar su camino tras ellos y accedió al recinto junto a los soldados. La condujeron a una de las naves laterales a la izquierda de la sala central, allí, de pie, esperando cerca del altar secundario de sacrificios estaba Clutos, observando incrédulo cómo traían a su hermana y cómo Velkan llegaba detrás. Una vez dentro, Velkan se aproximó todo lo que pudo a Navia y le acarició de nuevo en el hombro, haciéndole notar que había entrado junto a ella, la joven le sonrió. Velkan no esperó, quería una explicación para lo ocurrido y se dirigió hacia su hermano y hacia varios sacerdotes más que estaban junto a él, a la espera, ataviados con toda la paraflenaria de su rango, preparados para un interrogatorio, Velkan no entendía por qué apresaban a su hermana.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué está Navia aquí?—le preguntó a su hermano.

Clutos desvió la vista hacia Navia que permanecía de pie entre los cuatro guardianes, y con las manos atadas, sin saber el motivo por el que la habían sacado de su lecho a esas horas.

—Por una acusación —fue otro de los sacerdotes el que le habló.

—¿Qué acusación? —Velkan siguió mirando a su hermano.

Necesitaba conocer los detalles, entender, pero Clutos se acercó a él para alejarlo.

—No puedes estar aquí.

—No voy a marcharme hasta que no se aclare esto.

—Tendrás que hacerlo, es competencia del templo.

—Debes irte, forjador —dijo de nuevo el otro sacerdote.

—Es mi hermana….

—Velkan, por favor, mañana os informaré sobre el asunto. Ahora vete o te apresarán a ti también —le explicó su hermano, necesitaba aclarar las cosas y mejor sin él allí, los sacerdotes empezaban a impacientarse.

—Clutos, no te apartes de ella.

—Ella no debería estar aquí… —dijo de manera apenas audible.

—¿Qué has dicho?

—Nada, Velkan, cosas mías. Te prometo que me encargaré de todo.

—Lo dejo en tus manos, por favor arréglalo.

Velkan abrazó a su hermano y este se tensó, hacía años que no se demostraban ningún tipo de afecto, pero sintió su preocupación por Navia y era algo mutuo. Clutos le hizo un gesto para que obedeciera y se fuese del templo, Velkan entendió que no le iban a permitir estar allí sin una lucha, se alejó de su hermano y de los sacerdotes y regresó al lado de su hermana.

—Ve a mi casa, cuida de Traian —le dijo ella.

—Volveré mañana, te lo prometo y te sacaré de aquí.

Navia asintió y le dio un beso, los guardianes lo permitieron. Cuando Velkan descendió por las escaleras del templo, ella volvió la mirada hacia los allí presentes. Clutos estaba hablando con dos de los sacerdotes más antiguos, pero en voz tan baja que ella no podía escucharlos solo los veía gesticular.

—¿De qué se me acusa? —preguntó Navia.

Clutos dejó la conversación y dio un paso atrás, dejando que los otros se ocupasen del interrogatorio, solo era un acólito y debía escuchar, aun así, intentaría aclarar los hechos.

—¿Es cierto que bebes sangre? —dijo el sacerdote más cercano a ella.

Navia se quedó con la boca abierta ante la acusación, para acto seguido mirar a su hermano con el ceño fruncido.

—Eso es falso, ¿para qué iba yo a beber sangre?

—¿Conoces las creencias antiguas? —Un sacerdote algo más mayor con una barba rala se acercó a ella.

—No todas.

—Habrás oído hablar de los demonios de la noche y de sus descendientes que beben la sangre de otros para sobrevivir.

—Nunca he oído nada de eso, no pertenezco al templo.

—Pues yo te lo contaré —dijo el anciano colocando las manos a su espalda e iniciando un ligero paseo a su alrededor—. Hubo, en los albores de la creación, unos demonios que solo sobrevivían devorando la esencia de otros hombres, esos demonios destruyeron parte de nuestro mundo, nos llevaron al borde de la desaparición, pero gracias a los dioses aprendimos a combatirlos y descubrimos que era posible matarlos en su estado de más debilidad: al nacer. Tuvimos que observar a los recién nacidos para diferenciar a esos demonios de los niños normales y conseguimos entender su naturaleza a las pocas horas de vida, eso nos salvó, se convirtieron en un sacrificio necesario a los dioses a cambio de protección y erradicamos el mal. Estas leyendas son tan antiguas como el propio hombre y hay que respetarlas, es la ley sagrada que nos permite sobrevivir, así ha sido y así será. No obstante, tú estás aquí, no sabemos cómo y debemos remediarlo.

—Todo eso son supersticiones, creencias falsas e infundadas, no existen esos demonios y yo no soy uno de ellos. Nunca he bebido sangre. —Ella intentó defenderse.

—No mientas. Alguien te vio hacerlo, alguien te descubrió mientras bebías sangre, mientras profanabas a nuestros dioses y nuestras leyes sagradas. —El sacerdote la miró a los ojos, gritándole las últimas palabras que casi le escupió.

Navia giró la vista hacia su hermano que se mantenía en un segundo lugar, no podía creer que después de tanto tiempo los hubiera traicionado, él seguía con la cabeza baja. El anciano se dio cuenta de esa mirada y prosiguió.

—Clutos afirma que no eres tú, que quien bebe sangre es vuestro hermano mayor, Velkan, sin embargo, el testigo contradice su afirmación y asegura que la que bebió fuiste tú. Pensamos entonces que Clutos acusa a tu hermano o para protegerte o para vengarse de él. ¿Qué opinas? ¿Velkan o tú? ¿Creemos al testigo o a Clutos?

Entonces la joven vio claro lo que se les venía encima. Ellos ya conocían el secreto, sabían que un demonio de sangre habitaba entre ellos y según decían un testigo los descubrió. Si no caía ella, irían a por Velkan y había jurado protegerlo, no dudó.

—Haz algo bueno en tu vida y acepta lo que eres, no tienes otra opción —dijo otro de los sacerdotes.

—Entonces lo confieso: yo soy el demonio que buscáis. La sangre es mi sustento.

—¿Qué dices? —Clutos se acercó corriendo y la zarandeó—. Di la verdad, ¿no ves lo que te pasará si te declaras culpable?

—Soy culpable. —Navia permaneció imperturbable, ignorando a su hermano y mirando fijamente y con la cabeza alta a los sacerdotes. Clutos nunca entendería el poder del amor que ella le tenía a Velkan.

—¿Entonces reconoces estar maldita? —insistió el anciano sacerdote.

—Sí.

—No, no es ella.

Clutos gritó a sus compañeros, no iba a permitir que Navia cayera, pero vio cómo ellos sonreían, habían conseguido demostrar lo que el testigo les contó y él poco podía hacer, ya tenían a su culpable, no necesitaban nada más. Llevaban siglos sin tener noticas sobre demonios de sangre y ahora veían la oportunidad de sacrificar a uno de ellos, los dioses estarían más que agradecidos, bendecirían a la aldea y el poder de los sacerdotes aumentaría. Pero Clutos no quería ver morir a su hermana por algo de lo que era inocente, no esperó más y se marchó corriendo de allí.

Llegó a la casa de su familia casi sin aliento y allí, cerca del fuego encontró a Velkan, su madre dormía con el niño. Una brisa helada entró junto con él al abrir la puerta de la choza y removió las llamas haciéndolas crepitar más intensamente.

—Se ha declarado culpable, está asumiendo tu culpa. —Velkan se levantó del taburete que ocupaba, no entendía a qué se refería su hermano—. ¿Vas a permitir que la condenen?

—¿De qué hablas?

Clutos estaba nervioso, se restregaba las manos y paseaba a lo largo del hogar.

—Alguien ha descubierto tu secreto y os ha visto en vuestras incursiones en el bosque. Creen que es ella la que bebe sangre, ¿cómo es posible que lo crean?

Velkan entendió el motivo del arresto, el peligro real que corría su hermana por su culpa, la delicada situación a la que se enfrentaba.

—Navia tiene la costumbre de acompañarme en lo que ella llama el ritual y se lleva el cuenco a los labios cuando yo ya he terminado, pero nunca ha bebido. No entiendo cómo nos han descubierto, siempre hemos tenido cuidado, hay partes del bosque que solo conozco yo. No lo entiendo…

—Sabía que algún día iba a pasar algo así, que nos ibas a condenar —le gritó Clutos.

—Por supuesto que no. Llévame allí, lo contaré todo, diré que fui yo, ¿por qué no lo has hecho tú?

—No me creen, suponen que solo la protejo.

—Entonces lo demostraré.

—¿Cómo?

—¿Cómo va a ser?

—No servirá, aunque bebieras sangre delante de ellos creerían que también buscas protegerla. Hizo mal en culparse y ellos no verán más allá.

—Vayamos allí, algo podremos hacer.

—Lo he intentado, no entrarán en razón, creen que tienen una misión sagrada.

—¿Y qué podrían hacerle a Navia? —Clutos negó, la decisión no era suya y no sabía qué esperar—. No voy a quedarme aquí con los brazos cruzados.

Los dos hermanos iban a regresar al templo cuando unos guardianes irrumpieron a la brava en el hogar y ante su atenta mirada, apresaron a su madre, levantándola a la fuerza del lecho y despertando a Traian que corrió para abrazarse a su tío. Clutos se colocó delante de ellos, impidiendo que salieran mientras Velkan abrazaba a su madre, aún con Traian aferrado a él, y la separaba de los dos guardias. Ellos sacaron las espadas y apuntaron al cuello de Clutos, informándole de que cumplían órdenes de los sacerdotes. Las cosas estaban peor de lo que imaginaban si su madre también había sido convocada, Velkan no pudo evitar que la sacaran de la casa y que la llevaran por el mismo camino que hacía unas

horas habían conducido a su hermana. Pero esa vez no iba a quedarse allí plantado, si hacía falta se enfrentaría a ellos incluso con riesgo de que lo arrestaran también a él. Se sentía impotente, debía hacer algo para salvarlas, para solucionar ese malentendido.

—Quédate con Traian —le ordenó a Clutos.

—Voy a ir contigo.

—¿Para qué? ¿Qué has conseguido hasta ahora?

—Soy del templo, puedo ayudarte a entrar.

—Entonces vete ya, haz lo que puedas. Yo llevaré al niño con Relia y me reuniré contigo allí. —Velkan agarró a Clutos del brazo antes de que abandonara la casa con los ojos brillantes por las lágrimas que amenazaban con salir—. Por favor…

Clutos asintió, se sentía igual de impotente, dudaba mucho que nada de lo que se dispusiera a hacer sirviera de algo, pero debía intentarlo. Los dos hermanos se separaron, Velkan se dirigió a su casa con su sobrino en brazos y Clutos regresó al templo.

Al llegar a su hogar encontró a Relia muy nerviosa, paseándose de un lado a otro, al parecer ya sabía lo ocurrido, era la comidilla de la aldea.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella aproximándose a él.

—Han llevado a mi hermana y a mi madre ante los sacerdotes —se lo dijo directamente, no había tiempo que perder, aunque no le dijo la razón de la acusación—, ocúpate de Traian, debo volver con mi familia.

Relia no dijo nada, más tarde preguntaría, solo tomó al niño en sus brazos, Velkan la besó en la mejilla y se marchó corriendo. La joven se quedó allí, sin saber qué pensar, pero debía ocuparse del niño como le había pedido su compañero, lo llevó al lecho y se tumbó con él para calmar su llanto y que se durmiera.

Velkan llegó al templo casi a la vez que los soldados y sin poder evitarlo, dio un empujón a los guardias y entró para colocarse entre su madre y su hermana, abrazando a Kara que lloraba de la impresión.

—¿Os habéis vuelto locos? —les gritó Velkan a los allí presentes.

—Deja a esa mujer, Velkan —dijo uno de los sacerdotes, no iban a consentir una lucha en terreno sagrado.

—Es mi madre.

—Es una blasfema, permitió que un demonio viviera entre nosotros, nos puso a todos en peligro por proteger a un monstruo.

—Los únicos monstruos sois vosotros. Nunca le ha hecho daño a nadie. Soy yo el único culpable, el único maldito. ¡Soltadlas y apresadme a mí!

—No —gritaron las dos mujeres al mismo tiempo.

—No voy a permitir que muráis por mí.

Kara acarició la cara de su hijo, recreándose en su hermoso rostro.

—Yo ya he vivido mucho.

—Juramos protegerte —fue lo que le dijo Navia con lágrimas en los ojos.

—¿No veis que ellas no pueden ser? —Velkan se dirigió a los sacerdotes no podía ser que no entendieran la verdad, estaban ciegos.

—Basta, la sentencia ya está tomada —le gritó otro de los sacerdotes, Velkan había llegado tarde, buscó a Clutos con la mirada y lo encontró cabizbajo en un rincón, alejado de los otros, temblando. Nada había resultado, nada podían hacer.

—Está decidido pues. La condena será la muerte. —El sacerdote más mayor se dirigió a Navia—. Nunca deberías haber sobrevivido, es la voluntad de los dioses y en cuanto a ti, Kara, ocultaste al mundo a un demonio y tu castigo será el mismo.

—No.

Velkan se abalanzó contra el sacerdote, pero varios guardias lo detuvieron y ante la orden del anciano, lo sacaron fuera, casi arrastrándolo, mientras Clutos permanecía inmóvil en el interior. Lo último que escuchó Velkan fue la voz de su hermana gritándole que cuidara de Traian.

Velkan no se quedó allí cuando lo lanzaron escaleras abajo y le obstruyeron la entrada, salió corriendo hacia la casa del padre de Relia, era el único con poder suficiente como para salvarlas. Accedió al interior sin ningún problema, al parecer toda la aldea conocía ya lo ocurrido y su suegro no era menos. El anciano estaba sentado delante del fuego de la sala grande, aún se veían los últimos restos de la cena comercial que había tenido hacía apenas unas horas.

—¿Sabes lo que ha pasado?

El anciano asintió.

—Siento lo ocurrido.

—¿Puedes hacer algo? ¿Puedes convencer a los sacerdotes sobre esa condena?

—No tengo tanto poder, el templo es independiente.

—Inténtalo, no sé a quién más acudir.

El anciano conocía el interés de su hija por tener hijos y los quebraderos de cabeza que le daba el apego de su compañero a su familia, quizás así todo se solucionaría, pero el carácter de Velkan hacía improbable que soportara esa pérdida. Sin embargo, si realmente Navia era un demonio su deber era confiar en el templo y alejar a su hija y a su compañero de todo ese mal.

—No me escucharán, las acusaciones son graves.

—Pero son falsas… —Velkan sabía cómo convencer a su suegro—. Haré lo que me pidas. Dejaré la forja y trabajaré a tu lado, le daré a tu hija todo lo que siempre has deseado para ella, incluso aceptaré esos rituales especiales de los que me habló en el templo para que ella quede en cinta. Cualquier cosa.

—Espera aquí, veré qué puedo hacer.

Velkan respiró expulsando despacio el aire que llenaba sus pulmones y que había estado reteniendo. El anciano se marchó con uno de sus ayudantes en dirección al templo, debía intentar hablar con el primer sacerdote, aunque sabía de antemano que no tendría ningún tipo de influencia sobre él, pero era lo que había prometido a Velkan. Una vez allí, pidió una audiencia y el sacerdote lo recibió en una sala privada.

—Sabes por qué estoy aquí.

—Sí y no hay nada que hacer —le contestó el sacerdote.

—¿No hay ningún tipo de duda al respecto?

—El testigo es fiable, sabe lo que vio. Esa joven es un demonio de sangre y no entiendo cómo se nos pasó su nacimiento.

—Es imposible controlarlo todo. ¿Qué le digo a Velkan?

—Que has hecho todo lo que has podido, pero harías bien en alejarlo de todo esto y pedirle que no se eche la culpa de la maldición de su hermana.

—¿Cómo dices?

Los dos hombres se conocían desde niños, tenían prácticamente la misma edad y se respetaban mutuamente, uno controlaba el plano terrenal y el otro el espiritual, sin embargo, eso era algo que pocos conocían.

—Se ha dedicado a decir que es él el demonio de sangre, no su hermana, incluso Clutos ha confesado eso.

—¿Para proteger a Navia?

—Eso creo.

—¿No hay posibilidad de que sea cierto?

—No, el testigo sabe lo que vio y afirma que estaban juntos, pero que fue ella quien bebió la sangre —afirmó el sacerdote.

—Secretismo entre hermanos —afirmó el padre de Relia rascándose la barbilla—. Y toda la familia estaba al tanto.

—Sí, Clutos también lo sabía.

—Todos menos mi hija, a ella se lo ocultaron, nunca hubiera permitido que se uniera a una familia así.

—Ahora podrá ser feliz sin la maldita entre ellos.

—¿Y el niño?

—Estamos pensando qué hacer, al parecer es normal.

—Mi hija puede cuidarle. Si él también muriera, Velkan se volvería loco, así tendrá a alguien por quien luchar y Relia una familia propia.

—Así se hará, el niño quedará a vuestro cargo. Nada más puedo hacer.

El padre de Relia hizo una reverencia y se marchó, pero antes se volvió al sacerdote.

—Esta conversación nunca ha tenido lugar.

El sacerdote asintió y lo observó mientras salía de la sala, solo buscaba lo mejor para su hija, en ningún momento pensaba en Velkan o su familia.

Velkan se paseaba por toda la casa esperando a su suegro, parecía tardar y no sabía si eso era buena o mala señal. Un chirrido de la puerta lo devolvió a la realidad. El anciano entró negando.

—No hay nada que hacer, jugamos contra fuerzas malignas.

—¿Entonces se acabó?

—He conseguido proteger a tu sobrino, se quedará con Relia y contigo. Debes pensar en él.

Velkan no habló más, se marchó de allí apretando los dientes, era la última oportunidad y no consiguió nada, todo estaba en su contra, solo quedaba resignarse.

Los días siguientes apenas le dejaron verlas, ellas se convirtieron en seres malditos para todos y ni las súplicas de Clutos ni los intentos de Velkan de convencerles de su propia culpa tuvieron ningún efecto, por lo menos Relia parecía encantada de ocuparse de Traian y de que Velkan quisiera involucrarse en los negocios de su padre, todo parecía arreglarse a pesar de la pena.

Velkan se restregaba las manos delante del fuego de la casa de Navia, el frío era intenso para esa época del año. Esperaba las noticias que Clutos había prometido traerle, lo único bueno de las circunstancias era el acercamiento entre hermanos. Era tarde cuando Clutos llegó, arrebujado entre su piel y acercándose a la hoguera.

—¿Cómo está Traian? —le preguntó Clutos.

—Es muy pequeño aún y no parece entender la situación. ¿Qué sabes? ¿Cómo están? —Velkan quería ir al grano, no entendía que su hermano tampoco hubiera intentado nada más, que no hubiera revolucionado el templo.

—En dos días se llevará a cabo la sentencia.

—¿Cómo?

—A espada.

—¿Mis espadas? —Clutos asintió y Velkan dio un golpe en la mesa de madera haciendo caer los platos que había sobre ella, todo su trabajo en la forja y el de su padre para acabar así—. ¡Malditos sean!

—Esto no debería haber acabado así.

—Podemos probar a sacarlas de la prisión, tú conoces esos sitios, podemos organizar una fuga.

—Me tienen vigilado, es imposible.

Velkan lo miró extrañado, su hermano estaba más afectado de lo que había esperado.

—¿Quién fue? ¿Quién las acusó? —le preguntó a Clutos, la venganza era lo único que le quedaba.

—Yo no… no lo sé… yo no…

Velkan vio la duda en sus ojos, la duda y el miedo, algo que no esperaba encontrar en ellos.

—Mientes, lo sabes perfectamente, ¡dímelo! —Velkan levantó a su hermano del taburete que ocupaba.

—No puedo decírtelo.

—Habla o…

—¿O qué? Toda la culpa es tuya, debiste marcharte, alejarte de nosotros, pero solo has dejado que ellas carguen con tu maldición.

—Nunca he hecho daño a nadie, son los hombres como tú y tus sacerdotes los que ven demonios y mal en todo lo extraño. ¡Dime quién fue!

—No voy a hacerlo.

—Tú nunca haces nada, eres un cobarde. Si nuestro padre estuviera vivo…

—No hables de padre, no es tu padre, es el mío… Tú solo fuiste un maldito hijo impuesto de un maldito padre.

Los ojos de Velkan se oscurecieron, la necesidad llegó y golpeó a su

hermano con toda la rabia que tenían dentro.

—¿Quién fue? —le gritó de nuevo fuera de sí, elevándolo desde el suelo al que cayó después del golpe.

Clutos observó la mirada negra de su hermano, en ese estado podía pasar cualquier cosa y tuvo miedo, un terror frío lo recorrió de arriba abajo, en ese estado él no controlaba los golpes… vio reflejada la muerte en esas oscuras pupilas.

—Fue Relia —dijo Clutos llorando, Velkan detuvo su ataque—. Ella os siguió aquella noche y os vio bebiendo sangre, pero solo a Navia. Llegó al templo con su padre, llorando, suplicando y nos contó lo que vio. Acusó a nuestra hermana y creyó que así te protegía.

Velkan soltó a Clutos que volvió a caer y no dijo nada, solo se marchó de allí, necesitaba estar solo y pensar. Se internó en el bosque y desapareció. Con una única palabra en su mente: traición.

Abrió los ojos despacio, la sangre seca permanecía en su ropa, había perdido la noción del tiempo y no sabía cuánto llevaba allí. No le importaba, su mundo había desaparecido, su madre, su hermana, posiblemente ya estarían muertas y su compañera había sido la culpable. Había confiado en ella, había creído real su dolor, incluso el apoyo de su suegro, todo falso. Un lobo aulló en la oscuridad y él se incorporó del frío suelo: el lobo negro regresó a su aldea.

Relia permanecía cerca del fuego, Traian dormía con un sueño intranquilo, la ejecución se había llevado a cabo. Las dos mujeres soportaron con una gran fuerza de voluntad su destino, al parecer agradecieron que Velkan no estuviera allí y las miradas que cruzaron con ella y Clutos fueron de tranquilidad, no sabían que Relia las había delatado. Pero ella sentía que había hecho lo correcto, así protegía a su compañero del mal; ahora solo estaban Velkan, Traian y ella, ya tenía su familia. Cuando el verdugo las degolló no se oía nada en la plaza, nadie habló, ellas no gritaron; todos pensaban que la maldición había sido eliminada, algunos hablaban de un enterramiento especial, aun así, eso estaba en manos del templo. Sin embargo, Velkan llevaba dos días desaparecido y eso la preocupaba. Tan sumida estaba en sus pensamientos que no vio al hombre que se aproximó a ella por detrás y que, despacio, le acarició el cuello, presionando ligeramente.

—Me tenías preocupada —dijo ella cerrando los ojos ante el contacto.

Relia se levantó y miró a Velkan, los rastros de sangre permanecían en su

cuerpo.

—¿Por qué? —preguntó él mirándola fijamente, al parecer Clutos no había hablado con ella.

Ella abrió mucho los ojos, se dio cuenta de que sabía la verdad, de que debía explicarle, hacerle entender.

—Cuando lo descubrí solo quise protegerte, tuve miedo por los dos, yo…

—¿Cómo pudiste hacerme algo así? Esa misma noche que me dijiste que venías de ver a tu padre, esa noche en la que yacimos, en la que me reclamaste como hombre… y tú habías traicionado a mi hermana.

—Solo quería…

—¡Cállate! No quiero excusas. Pero hay algo que me da fuerzas —Velkan seguía sujetándola del cuello—. Te equivocaste, Navia siempre fue mi protectora, ella y mi madre, nunca me dejaron solo. Por qué crees que no quería tener hijos, no hubiera consentido que salieran a mí. ¿No te das cuenta de que soy yo el maldito, el que necesita la sangre para vivir?

—Eso es mentira, Navia bebió…

—Navia se llevó el cuenco a los labios después de que yo lo hubiera apurado, llegaste tarde y viste lo que más te convenía.

—Sé lo que vi, no me confundirás.

—¿Dónde crees que he estado estos días? Alimentándome en el bosque, mi hermana solo me protegió.

—Pero yo vi…

—Tú lo que viste fue a ella acompañándome, como desde niña lo hacía. Pero ya da igual, no quiero oírte más. Lo único que me impide volverme loco es Traian y mi venganza.

Velkan aumentó la presión sobre el cuello de su compañera.

—Por favor, Velkan. —Relia apenas podía hablar, sentía sus fuertes manos alrededor de su garganta—, Clutos solo me dijo…

Velkan la soltó de repente.

—¿Clutos?

—Yo iba al templo a menudo y él empezó a hablarme de ti, me decía que no me fiara, que tenías secretos que me ocultabas y tuve miedo, por eso te seguí… Él me incitó a hacerlo, esperaba que te descubriera, pero fue el secreto de tu hermana el que descubrí, supongo que él buscaba que creyera erróneamente que eras tú, siempre te ha odiado.

—Por eso se sorprendió tanto cuando arrestaron a Navia, sus planes de eliminarme se volvieron contra él.

—Velkan, yo…

—¡Cierra la boca!

La sonora bofetada que Relia recibió la lanzó al suelo y le rompió el labio, Velkan se agachó a su lado y rozó con su dedo la herida, lamiéndolo después. Entonces lo vio y tembló de miedo, ella entendió que se había equivocado y que ante ella tenía al verdadero demonio bebedor de sangre y un frío estremecimiento la azotó, una certeza de muerte. Velkan observó el cambio en ella y el terror en su mirada, ya lo veía como era en realidad: un monstruo; su vida tal y como la conocía había llegado a su fin y en ella empezaría su venganza. Sacó un cuchillo de su pantalón y le abrió un tajo en la garganta, ella no se movió, el pánico la paralizó y dejó que su compañero bebiera de su cuello mientras sentía de nuevo sus manos apretando su garganta y ahogándola a la vez, por suerte el suplicio duró poco y dejó de sentir dolor, lo último que vio fueron los ojos dorados del hombre al que amaba y al que había traicionado.

La noche era oscura, una noche sin luna y nadie quedaba en las calles de la aldea después de la ejecución. Velkan cogió en brazos a su compañera y se dirigió al hogar de Navia, donde esperaba encontrar a su hermano. No se equivocó. Entró despacio y depositó el cuerpo sin vida de Relia a sus pies.

—Este es el fruto de tus intrigas.

Clutos observó el cadáver de Relia y dio un paso atrás, su hermano estaba fuera de sí.

—¿Qué has hecho?

—No pude salvarlas, pero sí puedo vengarme, al fin y al cabo, soy un demonio. Relia me ha contado tus insinuaciones, tus confesiones… No podías acusarme directamente y buscaste hacerlo a través de ella. Eres un cobarde y tu cobardía ha matado a Navia y a madre. —Velkan miró a

Relia—. Ya es tuya, haz lo que quieras con ella.

Clutos se arrodilló al lado del cadáver de la mujer a la que había amado.

—Siempre te he odiado, todos te adoraban sin ver el monstruo que realmente eres —le dijo el acólito.

—El único monstruo eres tú.

—¿Vas a matarme?

—Es lo que te mereces, pero nunca haré daño a nadie de mi familia, a nadie de mi sangre. —Clutos empezó a llorar, pero Velkan continuó hablando—. Te quedas solo. A pesar de nuestros intentos, de nuestro amor, siempre has estado solo.

Sin decirle más lo dejó, sin volverse a mirarlo, sin verlo llorar apoyando la cara entre sus manos y acurrucándose, hundido, sobre el cuerpo sin vida de Relia a sus pies.

Su siguiente víctima fue el padre de Relia, su miserable suegro al que solo le importaba su propio beneficio y el de su traidora hija. «El anciano que había ido al templo para suplicar por su madre y su hermana, ¡qué ciego había estado!» Él había acompañado a Relia a denunciar y había fingido ayudarle.

La muerte del hombre fue más lenta, Velkan se recreó. Esperó a que todos estuvieran dormidos y entró en su alcoba como lo haría un espíritu de la noche. Le tapó la boca para evitar que gritara y le mantuvo la mirada cuando despertó en su lecho. Utilizó el mismo cuchillo que con Relia y la misma herida, le sujetó el tajo del cuello para que se desangrara a menor velocidad y mientras lo hacía, sentado a horcajadas sobre él, le contó lo que le había hecho a su adorada hija, le contó su secreto, le contó que lo sabía todo. No importaba que le creyera o no, era su venganza y pagarían lo que habían hecho, pagarían el haberse reído de él, el engañarle, el asesinar a su familia inocente. Al terminar soltó la mano y el espeso líquido empezó a salir a borbotones de la garganta del hombre y se extendió rápidamente por las sábanas blancas, creando un macabro lienzo rojo alrededor del anciano que pronto dejó de respirar, pero Velkan no probó su sucia y traicionera sangre, le hubiera hecho vomitar.

»—Me marché lejos con Traian, debía protegerlo era lo que había prometido a Navia y sabía que él también entendía el vínculo que lo unía a mí, pero no pude irme sin ver el entierro de mi madre y mi hermana, sin mirar por última vez a mi hermano a los ojos mientras esos malnacidos sacerdotes creían hacer lo correcto sepultándolas separadas del resto, en

un lugar aparte en la necrópolis, como si estuvieran malditas a los ojos de los dioses y de los hombres.

—Debió ser muy duro —le dijo Iván que escuchaba a Velkan disimulando la emoción ante la historia de sus antepasados.

—Fue la primera vez que me enfrenté a los ritos que llamáis antivampíricos y a las tradiciones en contra de los que ellos creían malditos, no me extrañó nada que todo lo que me había contado mi madre fuera cierto, que acabaran con esos bebés al nacer, para ellos solo eran demonios. Fue la primera vez que vi cómo ponían sobre los cadáveres de mi madre y mi hermana una enorme losa para que no regresaran por la noche a torturarlos como demonios por supersticiones estúpidas, cómo las habían condenado por algo que solo me afectaba a mí, por protegerme hasta el último momento. Nunca me he arrepentido de matar a Relia y a su padre, ellos me traicionaron y mucho tiempo después supe que Clutos acabó quitándose la vida, no soportó la carga de ser señalado por ser hermano e hijo de condenadas, no soportó la soledad y la culpa por su pecado. Después del entierro, durante varias noches, me dediqué a castigar a los sacerdotes que habían asesinado a mi madre y a mi hermana; me colé en sus lechos por las noches y bebí de su sangre igual que lo había hecho con Relia e igual que los demonios que tanto temían, ellos morían aterrados en mis manos, sabiendo que yo era al que buscaban y que aún vagaba por el mundo. Nadie me buscó, pensaban que los espíritus de Navia y de mi madre habían asesinado a sus ejecutores en señal de venganza y abrieron de nuevo sus tumbas para cortarles la cabeza, se conformaron con eso, no hubo más muertes. Yo me había marchado ya y nadie me siguió, aunque lo hubieran hecho no me habrían encontrado, conocía el bosque y los alrededores mejor que ninguno, sabía dónde esconderme y adónde huir y Traian era mi prioridad, debía buscar un nuevo lugar alejado de mi aldea y empezar desde cero. La noche que culminé mi venganza, en una cueva alejada de la aldea lloré por mi madre y mi hermana, por mi padre que gracias a los dioses no había vivido para presenciar la ejecución de su familia. Lloré escuchando la respiración de mi sobrino mientras dormía, sin llegar a conocer el futuro que me esperaba, sin saber que esos mismos rituales funerarios que me erizaban el pelo y me daban escalofríos serían aplicados durante siglos a mis familiares y que yo estaba condenado a sufrirlos para siempre.

—Al final el juramento de Navia tuvo algo de premonitorio —afirmó Iván.

—No sé cómo ella presintió que mi naturaleza me otorgaría una larga vida y de alguna forma os vinculó a todos vosotros conmigo.

—Nunca creí que ese vínculo viniera de tan lejos.

—De todas formas, tienes libertad para romperlo —dijo Velkan.

—Creo que seguiré cumpliéndolo, no parece tan peligroso en mi época.

Los dos rieron. Iván tenía razón, para sorpresa de Velkan, ese nuevo siglo resultaba bastante tranquilo en cuanto a creencias religiosas y supersticiones y sobre todo era mucho más fácil alimentarse sin levantar sospechas.

—Pasé muchos años de un sitio a otro hasta que me establecí con Traian. Yo seguía con el metal, pero decidí aprender a usarlo y me ejercité en la lucha con espada. Él aprendió a forjar, pero tenía más interés en la alfarería, había heredado el talento de su tío Clutos y supo ganarse la vida con ello a través de la fabricación y el intercambio, pronto tuvo su propia familia y yo seguí formando parte de ella, Traian siempre entendió y mantuvo el juramento de su madre y se encargó de que sus hijos lo respetaran. Cuando él dejó este mundo fue Jartal, su hijo pequeño el que viajó conmigo, por suerte no tuve que enfrentarme en varios siglos a las creencias sobre demonios, tuvimos mucho más cuidado. Sin embargo, fue la época en que más sangre humana tomé. Mis padres me habían educado para respetar al hombre, pero los acontecimientos de la muerte de mi madre y mi hermana cambiaron algo en mí y me aproveché de mi naturaleza, aprendí a conocer las debilidades del ser humano y bebía tranquilamente sangre de sus propios cuerpos sin que ellos se dieran cuenta, impuse mi poder, necesitaba desquitarme de alguna manera.

—¿Cómo lo conseguiste? —Iván seguía fascinado con la historia.

—Me saciaba en fiestas en honor de los dioses, aprovechando la embriaguez y los arrebatos sexuales, nadie pensaba que la debilidad del día siguiente era por la pérdida de sangre, sino por los sobrepasos.

—Pasabas desapercibido.

—Fue algo que utilicé siempre que tuve ocasión. El consumo posterior de opio también lo facilitó, en cada época siempre hay alguna sustancia o bebida fermentada que ayuda a atontolinar al hombre.

Velkan dio un suave toque a Iván en el hombro, hacía un par de horas habían dejado a Félix durmiendo plácidamente el exceso de alcohol. Iván sonrió, ahora lo conocía un poco más.

—Gracias por confiar en mí y contarme parte de tu vida, supongo que entiendo un poco mejor mi relación contigo y el compromiso de mi abuelo y mi padre.

—Habéis estado conmigo desde siempre y eso es algo que no tengo palabras para agradecer. ¿Sabes? Aún veo la nobleza de mi hermana en

tus ojos. La verdad es que eres el primero que no me conocía, si no hubiera dormido todo este tiempo posiblemente te habría criado yo. Te agradezco que hayas mantenido la promesa.

Iván se quedó pensativo, realmente hubiera sido así, Velkan habría sido como un pariente querido en circunstancias normales, sin embargo, para él solo había sido un mito familiar. Hasta ese último año.

—Bueno, creo que por hoy es suficiente —dijo Iván al final.

—Claro, es suficiente. —Velkan cambió de tema—. ¿Qué planes hay para mañana?

—Terminaremos de firmar los papeleos de los arrendatarios y luego volveremos a Targoviste a recoger a Sofía, ya tenemos la llave y los documentos, debemos ir a Bucarest.

—Hay tiempo de sobra. Mañana, después de los negocios me gustaría dar una vuelta por los alrededores, por el campo y la montaña, quisiera ir a la cueva en la que estuve.

—De acuerdo, dejaremos el regreso para pasado mañana o para dentro de tres días, cuando los Matei acaben la recogida, les dijiste que estarías por aquí.

Velkan asintió y sonrió al ver a Iván desperezarse y marcharse a su habitación, él se estiró en el sofá y respiró hondo, le había sentado de maravilla hablar con Iván, recordar a su madre y a su hermana y sus primeras vivencias al lado del mar, volver a su niñez a pesar del dolor por la pérdida.

Los días siguientes los dedicaron a dejar resueltos los nuevos contratos y los demás asuntos que los llevaron hasta allí. A Velkan le gustaba estar cerca de Poenari, de las montañas y la estancia en el pueblo lo relajó, incluso fue benevolente con los nietos de los Matei que cumplieron su promesa y ayudaron a sus abuelos, recibiendo de muy buen grado una invitación a comida y bebida en la taberna de Dimitrus a cuenta de Velkan.

Pero la noche del último día antes de irse Iván le había prometido acompañarlo y ambos se adentraron en el bosque. A pesar de haber llevado el coche, se vieron forzados a hacer una parte a pie. La luna creciente iluminaba levemente el trayecto y la luz de las linternas que llevaban marcaba la senda a seguir, aunque Velkan no necesitaba marcas ni señales de tierra, conocía la zona a la perfección y guio a Iván sin dudar hasta su cueva al pie de la montaña, una apertura apenas mostrada en la

piedra, no era raro que nadie la conociera, era prácticamente invisible en un lugar prácticamente inexpugnable. El sonido del río escurriéndose entre las rocas del fondo ocultaba el del bosque y poco se oía más, salvo sus propias pisadas y algún ulular en la lejanía, dejando los alrededores silenciosos en cuanto a ruidos nocturnos. Iván afinó el oído, en otra época las supersticiones de un bosque silencioso eran presagio de brujas y espíritus, ahora sabían que se debía a la altitud y a las temperaturas, sonrió, hace un año ni siquiera se habría preocupado por los folclores y ahora buscaba el más mínimo indicio de magia en el aire, le gustaba ese cambio en él y todo gracias a Velkan. Siguió sus indicaciones y se introdujo por donde él le dijo, adentrándose en las entrañas de la montaña sin ningún miedo y dejó que Velkan le enseñara el lugar en el que había permanecido durante más de cien años. Había piedras esparcidas por el suelo en la salida de lo que parecía el hueco en el que él estuvo dormido: su cripta. Iván se acercó y alargó la mano para tantear el interior del agujero, extrañándose por el tacto acolchado y cálido del estrecho habitáculo, sonrió, en el fondo esperaba encontrarse un ataúd enterrado en la tierra húmeda como salía en las películas, pero Velkan y su bisabuelo fueron mucho más elegantes. Le mostró también el sitio en el que estaban enterrados Vlad y Elisabetta, tumbas marcadas con unas pequeñas cruces y la zona en la que habían estado los tesoros familiares durante los años convulsos del dominio otomano.

—Siempre fue mi refugio, esta cueva y Poenari, la contemplación de los Cárpatos me sosiega —le iba explicando Velkan.

—Espero que no quieras quedarte aquí, que veas que este lugar es un mausoleo de recuerdos y vidas —le dijo Iván con una sonrisa.

—Te parecerá raro, pero la verdad es que me apetece mucho vivir. Ni yo mismo lo entiendo, me gusta tu mundo.

—Entonces empecemos a disfrutarlo de una vez. Vayamos a la capital.

—Y recojamos nuestro patrimonio, te mostraré tu herencia de milenios.

—Lo estoy deseando.

Abandonaron la cueva y ya no volvieron al pueblo, debían continuar con sus planes, aceptar lo que estuviera por venir, descubrir todo lo que no conocían aún el uno del otro. El viaje a Bucarest resolvería gran parte de las preguntas de Iván y abriría por fin las puertas de la sociedad moderna a Velkan.